



**Una galaxia de Luciérnagas**



# **Una galaxia de Luciérnagas**

## Aina Tur

*Edición bilingüe castellano / inglés*



**Prólogo de José Sanchis Sinisterra**

Ilustraciones de Marc Salicrú  
& traducción al inglés de Guillem Gómez Sesé



Edición en colaboración con  
el Teatre Principal de Palma

& el apoyo del Maldà Teatre  
y el Institut Ramon Llull



 La Vorágine

**llll**  
institut  
ramon llull

**Teatre  
Principal**

  
**EL  
MALDÀ**

*Una galaxia de luciérnagas* de Aina Tur Seguí  
Prólogo de José Sanchis Sinisterra  
& traducción de Guillem Gomez Sesé

Edición & producción: Lucho Tapia  
Ilustraciones de Marc Salicrú

◎ LA VORÁGINE,  
[info@lavoragine.org](mailto:info@lavoragine.org)  
ISBN: 978-84-120736-1-4  
Depósito legal: B 20984-2020

Algunos Derechos Reservados.

Este libro se distribuye bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-Atribución–Nocomercial–Sin  
Derivar 4.0 Internacional.



Esta edición no habría sido posible sin la ayuda de la Fundació Teatre Principal de Palma, el Institut Ramon Llull, el Maldà Teatre de Barcelona, y del Departament de Cultura, Patrimoni i Política Lingüística del Consell de Mallorca.

► Direcció Insular de Cultura  
Departament de Cultura, Patrimoni i Política Lingüística  
Consell de Mallorca



# Índice

AINA TUR: GALAXIA DE SENSACIONES	11
UNA GALAXIA DE LUCIÉRNAGAS	23
AINA TUR: GALAXY OF FEELINGS	77
A GALAXY OF FIREFLIES	87



## Aina Tur: galaxia de sensaciones

Siempre me reconforta advertir que, pese al imperialismo de la imagen visual que nos opprime y anega, hay en el teatro contemporáneo una corriente –y no menor– empeñada en preservar, explorar y ampliar el poder de la palabra dramática. Palabra que, sin renunciar a las funciones literarias que han acompañado desde sus orígenes a la partitura textual del *gran teatro* occidental (desde Esquilo hasta Koltès, desde Shakespeare hasta Valle-Inclán...), se ha nutrido asimismo de las vibraciones y ritmos del discurso oral, que los juglares, narradores y cuenta-cuentos, siempre en los aledaños de la teatralidad, han sabido inyectarle como antídoto frente a la retórica a menudo grandilocuente y sublime de no pocos autores.

Entre otros muchos mestizajes, también la estructura dramatúrgica de las obras de nuestra tradición teatral ha transcurrido en

fértil simbiosis con los géneros narrativos, y no solo por el *dictado* aristotélico según el cual «la fábula es como el principio y el alma de la tragedia» (por no hablar del *anti-aristotélico* Bertolt Brecht que, en su «Pequeño Organon», afirma estar en esto de acuerdo con él), sino porque bastaría sobrevolar dicha tradición para comprobar hasta qué punto el teatro ha construido sus tramas o *fábulas* a partir de los mitos, las leyendas, los milagros, las crónicas históricas, las proezas –reales o ficticias– transmitidas por la tradición, los *casos* más o menos truculentos o insólitos, acaecidos en lugares próximos o distantes, y un largo etcétera.

De modo que, aunque en determinados avatares de la dramaturgia occidental se percibe un mayor o menor debilitamiento de la función estructurante de la fábula; aunque en el tránsito del siglo XIX al XX es innegable que la narratividad no es siempre el armazón de la acción dramática (Maeterlinck, Chejov, Strindberg, las vanguardias, Beckett, Pinter, etc.); aunque, más recientemente, el llamado *teatro postdramático* reivindicó asimismo otros dispositivos sobre los que desplegar el devenir de los personajes (o de los *actantes*) en el texto y/o el espectáculo, resulta innegable que la función narrativa del texto dramático no tiene visos de jubilarse.

Dígalo si no esa sólida y diversa corriente de la escritura dramática contemporánea

que algunos dan en llamar *narraturgia*... precisamente por su inextricable fusión y tensión entre la narrativa y la dramaturgia, de la cual esta luminosa «galaxia de luciérnagas» que Aina Tur nos ofrece es una contundente muestra. Que contornea también otra fructífera tendencia de la escritura teatral –y no solo teatral– más reciente denominada *autoficción*; su definición y genealogía podrían dar, y ya lo han hecho, para más de un ensayo, pero baste señalar aquí que representa una rotunda irrupción de la voz narrativa del autor, sin ambages y en primera persona, que transmite al público un relato autobiográfico.

Como bien sabemos, lo autobiográfico está muy frecuentemente inscrito en los géneros narrativos, en algunos ensayos y, obviamente, en la poesía; y sin duda también lo está –aunque generalmente velado– en no pocas obras dramáticas. Lo peculiar de la denominada *autoficción* es el *impudor* (entiéndase sin ningún matiz peyorativo) de que el autor hace gala, en especial cuando –como en este caso la autora– renuncia a cualquier atavío narcisista y se exhibe ante nosotros con sus flaquezas, sus miserias físicas, su turbación moral, su miedo, su impotencia, en fin, ante una situación que colapsa su capacidad de reaccionar.

Pero no es esta *valentía autoral* lo único que subyuga en la obra de Aina Tur. Es

también valiente la propuesta dramatúrgica y escénica: una mujer sentada frente a nosotros, inmovilizada por *aquel* miedo, que nos habla, nos habla y nos habla, alternando el relato de su terrorífica aventura centroamericana con sus largos silencios... que nos dan que pensar, que nos exigen pensar (entre otras cosas, por ejemplo: *¿Qué hubiera hecho yo en su situación?*). Y, desde el punto de vista del «espectáculo teatral», no hay más: una mujer que nos cuenta una «historia basada en hechos reales», sin apenas moverse, «con el culo pegado a la silla» –literal– y unos mangos –imaginarios– que de vez en cuando caen del árbol –ídem–, ella los pela con un cuchillo –ídem– y así se impregna nuevamente del olor, del sabor y del pegajoso jugo de su aventura «tropical»...

Y sin embargo, pesa a tal escasez espectacular, que a menudo evoca –y se agradece– los dispositivos minimalistas del último teatro de Beckett, el discurso narrativo nos atrapa, nos hipnotiza casi, no solo por la pericia con que dosifica los avatares de la terrible experiencia –la más que probable masacre en que *la cosa* puede concluir–, sino por la «galaxia de sensaciones» que la palabra de la autora despliega en su evocación: olores, sabores, colores, sonidos, el calor tropical, las picaduras de los mosquitos, los pies descalzos hundiéndose o resbalando en el barro, el frío del cañón de la pistola en la sien, la luz... y las

otras voces del cuerpo, como cuando a una mujer, al cachearla, le tocan repetidamente el culo, o como el agarrotamiento del cuerpo cuando a uno le ordenan que no se mueva, y hay cinco armas encañonándote...

Pero también la gama de sensaciones que el trópico centroamericano te brinda, de modo que las palabras, desde la voz de la mujer inmóvil, revolotean por escena como tejiendo un tapiz que el miedo no consigue deshacer; o mejor, como una pintura impresionista –o hasta *puntillista*– que funciona como fondo y figura del relato. Relato que entrelaza asimismo el tiempo y el espacio y –lo vamos descubriendo poco a poco– los diversos *yoes* del personaje, que incluso nos cuenta un episodio de *sincronicidad* («coincidencia en el tiempo y en el espacio de dos episodios no relacionados causalmente, pero unidos por su significado»; *vid.* Jung y Pauli, entre otros), que nos asoma brevemente al campo de la física cuántica...

Para concluir –sin desvelar nada de lo sustancial de la aventura narrada, de la *fábula*–, solo me queda señalar que el texto de Aina Tur nos coloca además ante un dilema ético que no puede dejar de perturbarnos. Los «cinco muertos» que la autora y protagonista sigue llevando a sus espaldas «veinte años después», así como sus más que probables «cinco madres», ¿seguirán titilando en nuestra conciencia de

lectores y/o espectadores, igual que las cinco luciérnagas persistentes en el escenario... aun después del oscuro final?

*José Sanchis Sinisterra*



to M'side & the Port de l'art

ASSAULT

impasse Belles?

tall -  
big -  
angry

the cont & / could go to  
be it human?

to

locked  
air conditioners

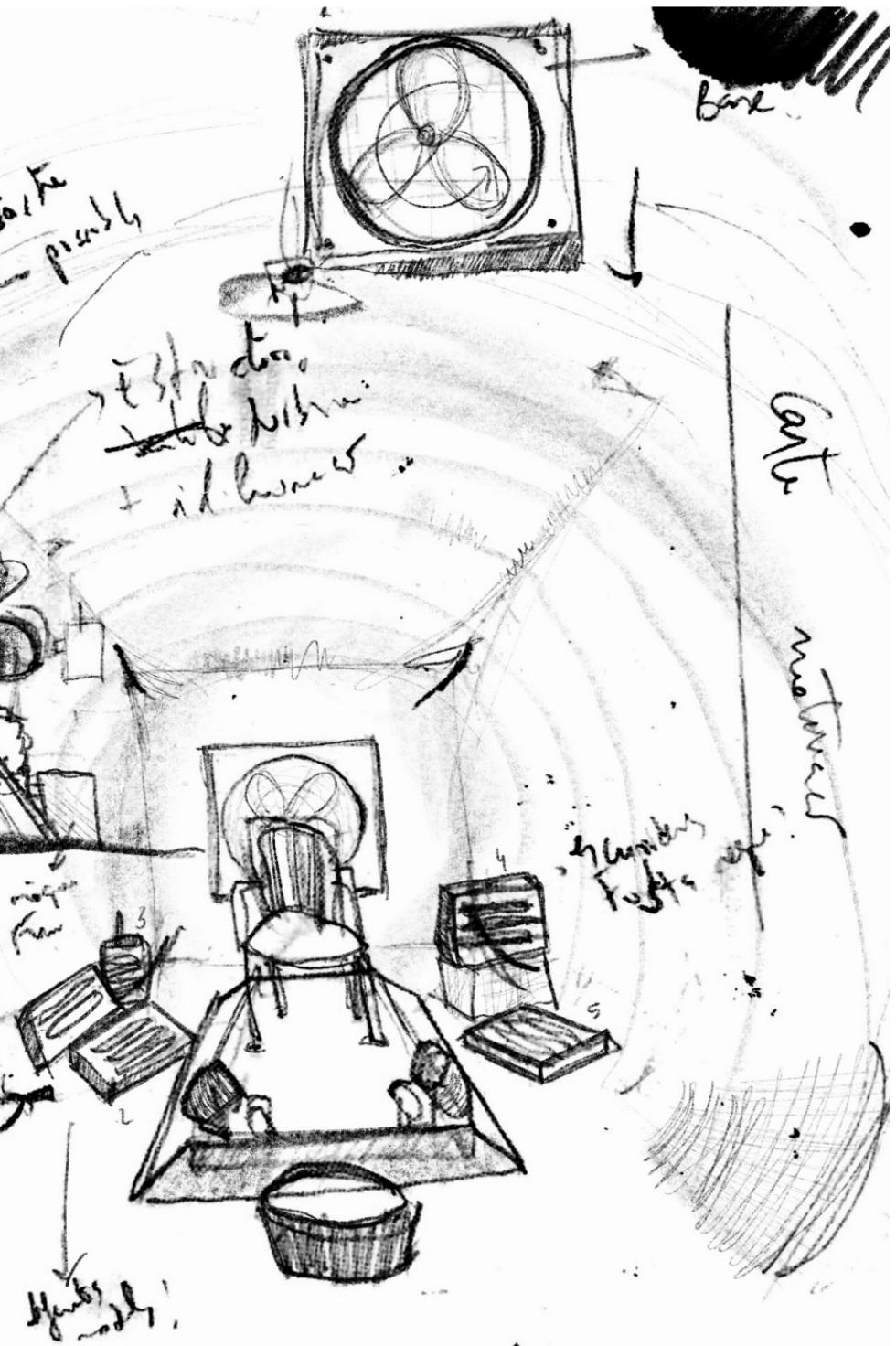
other

the

turn to  
inches

impasse

it in the next patch  
here?





*A LOS OTROS*



Luz de día, de mañana en el trópico.

Llevo años sentada en esta silla. Clavada.  
Y no me puedo mover. Al principio... al principio, pensaba que sería alg...

¿Lo han oído?

¿Ese ruido?

¿No?

Ha caído otro mango.

Cada día suele caer alguno.

Maduro. Sabroso.

Pam.

Ese ruido. Pam. Cuando toca el suelo. Me avisa. Pero yo no puedo ir a por él. Ya se lo he dicho. No puedo despegar el culo de esta silla. Los mangos van cayendo y yo no me los puedo comer.

Cuando me quedé aquí sentada, al principio, cuando oía ese *pam*, intentaba levantarme con todo mi nervio.

Todo esfuerzo fue en vano.

Un día, hace más o menos una década,  
un día de mucho calor, oí el impacto.

Dulce.

Pam.

Y no me inmuté.

Estaba sudando mucho y no me apetecía  
gastar energía en algo que no iba a conseguir.

Supongo que asumí mi condición: estar  
aquí sentada, para siempre.

Cerré los ojos.

¿Quieren cerrarlos ustedes también?

Bueno, yo... este yo que está aquí sentado,  
les propone cerrarlos conmigo.

Me levanto de la silla. Sin esfuerzo  
alguno. Camino hacia la parte delantera del  
patio, la de los árboles. Los limones están  
compactos, voluptuosos. Brillan. Como si los  
hubieran cubierto de cera. Las guayabas han  
empezado a florecer.

Me entretengo paseando. Mirando hojas,  
frutos y flores.

El viento me acaricia.

### *Silencio.*

Aquí está. El mango.

El golpe contra el suelo no lo ha roto.  
Debe ser de las ramas bajas. Lo toco. Esa  
piel fuerte. Casi impenetrable. Tantos días,

tantos años, tantos *pam...* Y ahora lo tengo entre mis manos.

Lo huelo.

Pienso en morderlo. Lo hago. Pero me da un poco de asco.

Paro.

¿Y ahora qué?

¿Cómo me lo como?

¿Le arranco la piel a bocados?

¿Desisto?

De repente, aparece un cuchillo en el suelo.

(Eso es lo bonito de la imaginación, te regala todo lo que necesitas.)

Empiezo a pelarlo.

Mis manos llenas de jugo. El olor dulzón penetrándome hasta las uñas de los pies. El primer desgarro, pausado. Los demás, atropellados. Las fibras entre los dientes. El jugo en la boca, el cuello, el escote. Las manos pegajosas. El éxtasis.

Al rato abrí los ojos. Y seguía aquí, así, como me ven ahora. Sentada. Joder... cómo nos ayudan las palabras. Suerte tengo de las palabras. A veces pienso que solo soy palabras. Un día unas, otro día otras. Algún día todas a la vez.

Las palabras...

Me voy por las ramas. Perdón. Esta no es la historia que les quiero contar. Me paso tantas horas aquí, a solas, a veces años, que cuando tengo a alguien con quien hablar me da como que lo quiero contar todo...

A ver... voy a centrarme.

¿Les gustaría saber por qué estoy aquí sentada, verdad?

Bueno, en realidad no sé por qué lo pregunto...

Esta situación. La mía. La de estar aquí, con el culo pegado a la silla, es el resultado de algo que empezó a ocurrir el 24 de julio de 1998, en este pequeño país del trópico que no voy a poder nombrar.

Sí, esta historia está basada en hechos reales y, por motivos de seguridad, tendré que obviar los nombres de algunas personas y, también, de los lugares donde sucedió lo que sucedió.

En fin...

24 de julio de 1998.

No me costó levantarme de la cama. Madrugar me cuesta mucho. Muchísimo. Pero ese día salí de la cama temprano y bien contenta. Quizá es un poco exagerado llamarle cama a ese colchoncito delgaducho plantado sobre el suelo de hormigón. Pero eso era mi cama y lo fue durante mucho tiempo. Menos del esperado, pero más tiempo del que llegué a pensar en algún momento.

Mi cama, mi cuarto, estaban justo al lado de la destiladora de eucaliptus. Olía superbién. A pesar de ser incómoda, la habitación olía superbién. Los días que usábamos el alambique nuestra piel quedaba impregnada de ese olor durante horas. Qué rico.

Estaba trabajando para una ONG en un proyecto de... *Ais, soy una rollera.* A ver si me centro. Me hace tanta ilusión que estén aquí y... empiezo... nada... que me entra esta verborrea, estas ganas de explicarlo todo. Con detalles. Disculpen.

Deberían visitarme más a menudo...

¿Por dónde iba?

¡Ah, sí! El motivo de mi rápida puesta en marcha... ¡eso es!

Estaba ilusionada. Llevaba un mes sin ver el mar y Án... mmm... llamémosle... Él... Ay... Sonrío cada vez que pienso en Él... es que cuando nos presentaron, al instante, entendimos que algún día nos... Perdón, al grano: Él, me propuso acompañarle a trabajar.

Me había dicho que iríamos a comprar unos cocos. Sí, unos cocos. Él, estaba diseñando un plan de prevención de inundaciones y creo que una de las acciones consistía en repoblar la zona de cocoteros, para... en realidad no sé muy bien para qué. Pero la idea de transportar esas bolitas redondas, marrones y peludas de un lado a otro con la pick up me parecía estupenda y más si la mañana acababa con una visita a la playa.

Le pregunté si podía venir Oriol, mi amigo. Con Oriol compartía piso en Barcelona y estancia, proyecto y aventuras en este país. Él, con tal de tenerme cerca, accedió, así que fuimos los dos, Oriol, y yo.

Oriol y yo, ya habíamos superado la salmonelosis. Y la maldita diarrea. Y los vómitos. Y los mareos. También la pesadilla de cagarnos encima en medio de la calle. El que se cagaba encima era Oriol, pobre. Menuda historia. El día que llegó queríamos celebrar el encuentro y fuimos a comprar un helado. No era fácil encontrar un helado en esa zona rural. Pero lo encontramos. Un *twistter*. Dos. Qué ricos. Y qué mal conservados, hostia.

A la mañana siguiente no éramos personas. Estábamos en medio del campo, no había transporte público, ni teléfono. La única opción era salir al camino más cercano, interceptar el primer trasto con cuatro ruedas que apareciera y preguntarle si nos podía llevar a la capital para que nos viera un médico.

Vimos un camión, rojo, grande, y vacío, que se acercaba, levantando polvo. Mucho polvo. Nos dijo que iba a la ciudad y que tenía prisa. Le pagamos. Subimos a la palangana, la zona descubierta donde va la carga. Achicharrados y tragándonos toda la polvareda viajamos durante un par de horas por esas carreteras. Carreteras sin asfalto, sin

señales de tráfico y sin líneas separando los carriles. Vaya, que la fiebre y los retorcijones eran casi lo de menos.

Llegamos a la oficina de la ONG. Estaba cerrada. Era la hora de comer. No quedaba otra: esperar fuera. En la calle. Oriol... bueno, lo que quedaba de Oriol, esos dos metros de pura fibra tumbados en la acera, con la cabeza sobre mis muslos, soltaban mierda sin parar. Yo podía tenerme en pie y me iba a cagar al árbol. A pleno día. No teníamos papel. Pero cagábamos igual. La gente pasaba y se apartaba. Olíamos a mierda. Parecíamos yonquis.

Por suerte, esa pesadilla se había acabado... y yo me estoy yendo por las ramas otra vez. *Ais...* os lo explico un poco para que entendáis... no sé. No sé qué tenéis que entender con esta historia de la caca. Simplemente pasó. Y la superamos. Volvíamos a estar en el campo, destilando aceites esenciales y clasificando plantas. Y un día al lado del mar era un buen modo de festejar que todo continuaba bien.

Él me había dicho que cuando acabásemos la faena iríamos a la Bahía de Ji... ups, casi se me escapa el nombre de un sitio. Pues eso, iríamos a ver el mar. Y a comer. También me comentó que en la bahía había una isla...

¿Y podremos ir? ¿Hay barcos que vayan hasta allí?

Se rió y me miró. Como casi siempre que le decía algo.

No, no podemos ir. Hay piratas.

¡Oh, qué guay! ¡Piratas!

No, no es guay. Son piratas de verdad.  
Asaltan y matan.

¡Joder!

Estaba más sorprendida por la existencia de piratas en plena acción, que por la posibilidad de... da igual... Había llegado hacía más de un mes. Ya me había acostumbrado a oír tiros. A ver ataúdes. A ser advertida de no transitar por según qué sitios. Incluso a comprender la muerte y la violencia desde otra perspectiva. Ese «¡Joder!», pues, no significaba lo mismo que mis otros «joderes», los de antes de llegar. Era un «joder» diferente. Una variación ética y moral de los «joderes» de antes. Un nuevo «joder» que se estaba construyendo, sin que yo todavía supiese muy... no sé... lo qué significaba.

Iremos a un sitio seguro, tranquila. Pero no, no vamos a navegar.

Él... Ay... Con sus palabras, su sonrisa... Y esa mirada que me removía las entrañas... Me hacía sentir bien, pero yo no quería aceptarlo.

¡Piratas!, iba pensando, mientras subía al coche.

¿Les veré a lo lejos?

¡Cómo me gustaría ser pirata!

Surcar los mares. A vela. Irrumpir en

barcos cargados de mercancía. Robarles. Sin matar a nadie. (Solo magullándolos un poquito). Y seguir navegando rumbo a esa isla soñada. Encontraríamos el cofre del tesoro. Lo celebraríamos. Y, después de descansar un poco, mi tripulación y yo, cargaditos de oro, seguiríamos surcando los mares. Descubriendo paraísos inhabitados, remotos... vírgenes. Maravillosos.

Eso pensaba.

La mañana prometía.

Y mi imaginación volaba.

Éramos siete y teníamos una misión: llevar cocos de un lado a otro y burlar a los piratas desde la orilla.

¡Menudo plan!

Perfecto. El plan perfecto. Era todo perfecto.

A mí me dejaron ir detrás de la pick up, de pie. Con Oriol y con... con... con Álvaro. No se llamaba Álvaro, pero le queda bien el nombre. Álvaro era, es, el hermano de Él. Álvaro había llegado el día anterior y flipaba. El escenario era muy diferente a su Madrid natal. Estaba en plena jungla sensorial. Carreteras de barro. Baches. Frenazos en seco. Gente cruzando sin mirar. Infinidad de sombreros de campesino moviéndose entre arbustos. Entre coches. Entre más sombreros de campesino. Rostros morenos. Miradas llenas de vida regalada. Almas que habían burlado la muerte.

*Silencio.*

Recuerdo la humedad de esa mañana.

Cumplimos con nuestro objetivo: cocos cargados, descargados y entregados.

¡Rumbo a la bahía!

De nuevo en la parte posterior de la pick up, agarrados a la barra de la cabina, para no caer, no parábamos de gritar.

¡Eeeh!

¡Aaaahhh!

¡Tomaaaaa!

¡Cómo molaaaaaa!

Saltos. Frenazos. Ruedas deslizándose por el barro que nos hacían ir de un lado a otro. Éramos felices, los tres que íbamos detrás: Álvaro, Oriol y yo. Los que iban dentro del coche supongo que estarían hablando de trabajo... Y supongo, también, que estarían pensando en cuál era el mejor camino para llegar.

Nos estábamos alejando de las comunidades. De los grupos de casas, de sus paredes de adobe, de sus maderas viejas, de sus techos, a veces construidos con restos de ataúd. Los detalles...

Hacía un buen rato que no veíamos a nadie.

El barro de la carretera estaba fresco, sin rastro de otros coches.

¡Una aventura en toda regla!

¡Qué felicidad!

¡Qué sensación de libertad!

Aullando. Contentos. Descubriendo el mundo.

Y de repente...

¡Párenseeee!

¡Bájenseee del auto!

Se oían lejanas esas voces. Aunque los cinco encapuchados, con pañuelos cubriendo el rostro, saltando y corriendo hacia nosotros como salvajes, empuñando sus armas, estaban cada vez más cerca.

Yo no pensaba.

Pienso ahora.

Ahí me limité a hacer lo que decían.

Bájense del auto. Manos en la nuca. Quítense los zapatos.

A mí me los dejaron puestos. Era la única mujer.

¡Andando!

Nos apuntaban y nos gritaban. Nosotros íbamos cumpliendo órdenes.

Uno se llevó a Pedro, el conductor, que no se llamaba Pedro. Con el coche.

El resto andábamos en fila india. Descalzos, ellos; yo no. Con las manos en la nuca. Y con cuatro encapuchados guiándonos, a gritos, fuera del camino.

Yo seguía sin pensar.

Creo que nadie pensaba.

Bueno, los que habían nacido en este pequeño país sí que pensaban, seguro.

Tampoco recuerdo qué sentía. Creo que nada.

A veces me he preguntado si lloraba, y la verdad, creo que ahí, todavía no.

Nos adentramos en el bosque.

Otra pregunta que me hago a menudo es: ¿tenía miedo?

Creo que no, ahí todavía no.

No pensaba.

No sentía.

Me limitaba a cumplir órdenes.

Han pasado más de veinte años. Y lo recuerdo todo. Como si me hubieran tatuado una fotografía en el cerebro.

Recuerdo perfectamente la luz.

El color del barro.

Los troncos de los árboles.

El color de sus ropas. Y de las nuestras.

Recuerdo el lugar donde nos detuvimos.

Había una pequeña explanada. Muy pequeña.

Y nos tenían allí parados. Con las manos en la nuca.

Nos cachearon uno a uno.

A mí, tres veces. Y las tres veces me tocaron el culo.

A la tercera me pidieron los zapatos.

Me habían separado del grupo. Un poco. Y tenía una pistola en la cabeza.

Cuando me agaché para quitarme los zapatos, la pistola acompañó el movimiento de mi cuerpo hacia abajo. Hasta los pies. Allí

lloré. De ese llanto contenido me acuerdo. También del temblor de la mano que sostenía la pistola fría.

El cañón me tocaba la piel.

Y también recuerdo que mis manos se movían imprecisamente. Temblaba. Pero yo intentaba hacer los movimientos más firmes, más precisos de mi vida.

El asaltante tuvo... creo que tuvo... un momento de compasión cuando vio que las lágrimas me inundaban las mejillas. Y el cuello. Y el escote. Y yo no estaba ni sollozando.

Tranquila, me dijo, no te va a pasar nada.

Pues esto que me está pasando ya es mucho, tío. Pensé, mientras su mano temblorosa me presionaba la sien con la pistola.

El llanto cedió.

Supongo que me fue bien pensar que...

¿Lo han oído?

¿Ese ruido?

¿No?

Ha caído otro mango.

Voy a cerrar los ojos. Lo hago cada vez que cae uno.

Les invito a hacer lo mismo.

Esta vez iré un poco más rápido.

*Silencio.*

Aquí está.

Lo toco.

Esa piel fuerte. Casi impenetrable.

Lo huelo.

Un cuchillo.

Jugo. Olor dulzón. Éxtasis.

*Silencio.*

¿Dónde estábamos?

Ah... en... en ese... «No te va a pasar nada».

El llanto cedió.

Habíamos hecho un pacto: si no fallaba nada, si no pasaba un pájaro que le asustase, si no tantas cosas, seguramente, de esa pistola, no saldría ninguna bala para mí en ese momento. Y eso fue un consuelo. El único consuelo al que podía aferrarme.

Me devolvieron al grupo.

Lo que hicieron conmigo, lo hicieron con alguno más. No me acuerdo con quién. Ni tengo imágenes de eso. Me estaba recuperando de ese frío en la sien izquierda. Ese temblor. Ese dedo en el gatillo que sostenía mi vida.

Dejé de pertenecerme.

Mi vida entre un dedo y un gatillo.

Qué poco margen.

Me detuve un buen rato en el dedo tembloroso de ese joven atracador, que había

sentido algo de compasión por mí y me había dedicado unas palabras de consuelo.

Me veía desde arriba. Como si mirase una película de lo que había sucedido hacía unos minutos. Con los pantalones cortos de color camel que le había cogido prestados a Oriol y esa camiseta de tirantes negra de canalé que guardé durante años. Llena de polvo. Y despeinada. Pequeña. De rodillas. Quitándome los zapatos. Con la pistola surcando mi temporal izquierdo.

Veo a esos encapuchados. Apartándonos uno a uno, manoseándonos, husmeando en nuestros bolsillos.

Le veo a Él, y a Álvaro, a Oriol y a los otros dos, de quienes hoy no recuerdo el nombre, pero sí sus rostros, sus cuerpos y sus ojos. Incluso sus camisetas.

### *Silencio.*

Se acabó el cacheo.

Volvíamos a estar los seis en fila.

Uno al lado del otro, de pie.

Con las manos en la nuca.

Los asaltantes nos apuntaban a lo lejos. Dos pistolas. Dos fusiles de asalto: un AK47 y un M16. Despojos de una guerra que nunca se terminó de zanjar. Armas rivales y un mismo propósito: robarnos y quizás matarnos.

Oímos el ruido de un coche.

Quizá era el final del asalto. O de nuestra vida. Cualquier cambio, cualquier movimiento, podían ser un final.

Y sí, ya empezaba a pensar. Creo que todos pensábamos. En aquel momento, sí.

El ruido se acercaba. Y la incógnita era insopportable.

Ojalá sea la policía.

Y si me encuentro en medio de un fuego cruzado, ¿qué hago?

Mejor que no sea la policía.

¿Será Pedro?

Ojalá sea Pedro.

¿Y si viene el otro asaltante en el coche, sin Pedro?

Ojalá no sea nuestro coche.

No quiero ver a un muerto.

Finalmente llegó el coche, con Pedro al volante.

Lo hicieron bajar y lo empujaron hacia nosotros. Uno más de los nuestros. De pie, a nuestro lado, con las manos en la nuca.

Quizá era el final del asalto.

Quizá era el final de nuestras vidas.

¿Por qué nos retenían si ya tenían todas nuestras cosas?

¿Por qué habían vuelto con Pedro y con el coche y no nos podíamos ir?

¡Gírense!, gritó uno.

Y mientras me giraba, la vida entera me estalló en la cabeza.

Tal cual.  
Sucede.  
Esperaba el tiro. Los tiros.  
Pero hubo silencio.

*Silencio.*

Luego, hablaron entre ellos. Yo temblaba por dentro, mucho. Y derramé muchas lágrimas. En silencio. Era la única mujer. Me habían contado demasiadas historias sobre violaciones y asesinatos. Por eso cuando les oí hablar, me asusté. No sabía si hablaban de dejarnos marchar o de quién sería el primero en violarme. Solo deseaba que si me violaban, me dejarasen marchar. Que no me matasen. Que no me cogieran de rehén. Que no me torturasen durante días. Que fuese rápido. Que no fuese muy doloroso. Recé. A Dios. Sí, ya sé que no existe. Pero recé. Le pedí esto: una violación rápida, no muy dolorosa, sin sangre, sin tortura, sin secuestro.

Todos empezaron a preocuparse por mí. Uno tras otro, me susurraban. Sin apenas mover los labios.

Tranquila, no te va a pasar nada.

Estamos aquí.

Te vamos a proteger.

A mí eso me dio más miedo. Tanto que empecé a concentrarme en los mosquitos que

me estaban comiendo las piernas. Disfruté de cada picada. Contenía el reflejo de apartarlos. Lo había hecho desde el principio sin darme cuenta. En ese momento, tomé conciencia. Un movimiento reflejo para ahuyentar a esos mosquitos también podría haber sido un final. Mi final.

Tres pistolas y dos fusiles de asalto apuntándome. Por la espalda.

Mi vida estaba entre esos dedos y esos gatillos.

No podía permitirme ni el más mínimo desliz. Tenía que estar quieta. Las manos en la nuca. El barro tragándose mis pies. Y los mosquitos devorándome.

Las marcas de los mosquitos tardaron dos años en desaparecer.

Dos años, o más. Con esas horas grabadas en la piel. Cada vez que me miraba las piernas, cada vez que me embadurnaba de crema, cada vez que me ponía la ropa o me la quitaba: allí estaban.

Dejaron de hablar entre ellos.

Temimos lo peor.

Pensé en mis padres.

Como nunca.

Les pedí perdón por haberme metido en esa maldita aventura sin retorno.

Les mandé toda mi fuerza para superar la muerte de su hija.

Y le recé a mi abuelo.

Había muerto hacía apenas unos meses.

Soñaba con él. Era un sueño recurrente. Venía a mi cama, me despertaba con ternura y me decía: «he venido a abrazarte».

Le pedí que me ayudase. Que me abrazase en ese final. Que me acompañase, por favor. Y sentí paz.

*Silencio.*

Pasaba algo. Hablaban más alto. Movimiento. Mucho. Demasiado.

*Silencio.*

Oímos pasos y voces que se alejaban.

Otra vez la situación cambiaba. Otra vez la incertidumbre en nuestras mentes. Cualquier cambio significaba una dosis más de miedo. Un paso más hacia lo indeseado.

De repente, uno de los nuestros susurró.

Solo son tres. Voy a atacar. Tranquila, esto se acaba.

No te muevas, hijo puta. Mis primeras palabras desde que habíamos bajado del carro.

Fui suficientemente convincente como para que no se moviese ni un centímetro

de su posición. También en ese momento, cuando le miré de reojo, me di cuenta de que no tenía las manos en la nuca.

Más tarde, cuando todo acabó, supe que había sido de las fuerzas de élite de la guerrilla de este diminuto país.

Más tarde supe también que habría podido con todos. Pero en aquel momento, otro miedo se apoderó de mí.

Que este tío no se lance al ataque.

Por favor.

Si se mueve, ¿qué hago?

¿Me voy corriendo detrás de un árbol?

¿Corro hacia la derecha? ¿O mejor hacia la izquierda?

¿Me tiro al suelo y me arrastro?

¿Subo a ese árbol como sea?

No tenía respuestas. Y como vi que, de momento, no se movía, intenté derivar la atención hacia otro lugar. Me evadí. De las intenciones de quién nos quería salvar. Y de los fusiles y las pistolas que nos apuntaban.

Para entretenarme, empecé a hacer cálculos.

Nos habían recogido sobre las ocho de la mañana. Entre la recogida, la carga y la descarga de los cocos, debían haber pasado entre una y dos horas. Allí debíamos llevar un par de horas más, aunque no lo tenía muy claro. Así que calculé que eran entre las diez y las doce de la mañana. Le sumé siete horas. Y me salió que en ese momento debían ser

entre las 5 y las 7 de la tarde en Menorca.

Pensé en qué día era, qué día de número. Desde que llegué estaba escribiendo un diario, por eso no dudé: 24 de julio. Festes d'Es Castell. Pensé. Mis amigas están dándolo todo en el jaleo, entre caballos y gente sudada. Estarán bebiendo pomada. A esta hora ya deben tener la risa tonta en marcha. Estarán diciendo chorraditas por doquier. Y yo aquí.

Hoy han comido paella. Como cada año. Qué rica está esa paella que encargamos cada año no sé de dónde. Ahora comería paella, pensé. Dos platos. Con mucha cerveza y mucha pomada de postre. Esa pomada que hacía Nati, con limón natural y menta fresca y un montón de Gin Xoriguer. Deseaba litros.

Yo, que me había ido de viaje sola por primera vez. Que había cruzado el océano por primera vez. Que, como dice mi diario, estaba buscando sentir la libertad plenamente. Abrir mis puntos de mira. Conocer mundo. Conocer gente. Vivir de otra manera. Yo, que había renunciado a mi gran amor para poder cumplir mis sueños de exploradora temeraria. Yo, que había decidido, por primera vez, no pasar un verano en mi isla. Yo, que me sentía aburrida de hacer siempre lo mismo. Yo, que me lancé a ese viaje buscando nuevas emociones. Yo, en ese instante, a mis 21 años, deseé una vida monótona, con mi gente de siempre, con mis rutinas de siempre. Con los sabores de siempre. Sin cambio alguno, por

favor. Y, yo, me maldije por haber tenido tanta ambición. Me maldije por no haberme conformado.

Y así me entretuve. Con algún susto de por medio. Cuando algo se movía. Cuando un pájaro pasaba volando. Cuando uno de los nuestros se desplazaba unos milímetros. Cuando, sin verlos, notaba que uno de los otros cambiaba de posición.

También me seguían entreteniendo los mosquitos. Se estaban zampando mis piernas.

Mis pies estaban cada vez más metidos en el barro.

Empezó a llover, poquito.

Era época de lluvias. Fuertes. Abundantes. Pero apenas chispeó. Y eso fue una suerte.

Más tarde, nos contaron que el sitio donde nos habían llevado era una especie de fosa común, llena de cadáveres. De muertos sin valor. De gente asesinada. De personas que no merecían ni un lugar dónde descansar en paz.

Cuando me lo contaron, no podía dejar de dar las gracias a quién fuese por esa lluvia, dócil. No quiero ni imaginar lo que habría ocurrido si propulsados por un chaparrón tropical, de entre ese barro que ya estaba absorbiéndome los pies, hubiesen empezado a asomarse restos. Humanos. Cadáveres en descomposición.

¿Se lo imaginan?

Yo sí. Y estoy segura que habría gritado,

me habría movido y la habría liado parda.

Seguro, vaya.

Llevábamos un buen rato sin cambiar de situación.

Me acostumbré al miedo.

Al miedo de ese instante permanente.

Todo era como un solo instante.

Hasta que oímos voces que se acercaban.

Otra vez el pánico.

Otra vez las mismas dudas.

Ojalá sea la policía.

Ojalá que no sea la policía.

Ojalá se vayan y nos dejen aquí.

Ojalá no me maten.

Ojalá no se queden conmigo.

Ojalá que no me violen.

Ojalá que cuando me violen lo hagan rápido.

Ojalá que no me maten a mí.

Ojalá que no maten a Oriol.

Ojalá que no le maten a Él.

Ojalá que no maten a Álvaro.

Ojalá que no maten a Pedro.

Ojalá que no maten a Mau... al... gue...  
al exguerrillero.

Ojalá que no maten a... al de la camiseta azul.

Ojalá sigan este orden inverso para matarnos.

Ojalá sepa volver sola a algún sitio si soy la única a la que no matan.

Ojalás que pasaron por mi mente en menos de un segundo.

¡Gírense!

Y en esa media vuelta, de nuevo... todo lo vivido, diluyéndose, ante mí, en un instante.

Esta vez, además de contemplar cómo se escapaba la vida, también pensé.

¡Serán sádicos!

Quieren vernos la cara mientras nos disparan.

Les odié. Creo que por primera vez.

El mundo se había parado.

Unos frente a otros.

Un vacío.

Inmenso.

Dos fusiles. Un AK47, ruso. Un M16, norteamericano. Y tres pistolas que no supe clasificar.

Cinco hombres... que no eran hombres. Eran chavales. Sus cuerpos eran inmaduros, se notaba. Cinco críos, vestidos con ropa negra, desgastada. Negro pulga, como diría mi madre. Pañuelos en el rostro. Capuchas y sombreros para ocultar el pelo. Había uno que llevaba una peluca. Como de payaso. Amarillo canario. No debía tener sombrero...

Ellos, los otros, cinco chavales, desafiandonos con sus armas. En silencio. Cara a cara. Con nuestras vidas entre sus dedos y sus gatillos. Lo repito una y otra vez, pero es que la sensación era terrible. Mi vida no me pertenecía, no era mía. Mi vida ocupaba el espacio entre esos dedos y esos gatillos.

En el otro lado, nosotros. Siete. Seis con las manos en la nuca. Uno con los brazos al lado del cuerpo. Los siete, expectantes. Ya sin miedo. Era el final. Solo podíamos desear que no nos hicieran mucho daño, pero creo que ni pensábamos en eso.

En mi cerebro, silencio.

Respirando vacío.

*Silencio.*

¡Márchense! ¡Todos al carro! ¡De uno en uno!  
Al coche, me dijo alguien, de los nuestros.  
No recuerdo quién. No recuerdo la voz.  
Al grito de «márchense», nadie se había movido. Y uno de los nuestros dijo mi nombre. Reaccioné y empecé a caminar. Pasé al lado de los otros. Con la cabeza agachada. Intentando ser invisible.

Tú y tú.

Esperen.

Me paré un segundo, para comprobar si hablaban conmigo.

Miré.

Vi que les habían cogido, a Oriol y a Él.

Los tenían encañonados.

Temí lo peor.

La *chemi*.

¿Qué? No entiendo.

(Oriol no lo entendió.)

La *chemi*. Sonó de nuevo con más violencia.

La camiseta, tradujo alguien.

Noté a Pedro, el conductor, detrás de mí. Me hizo avanzar. Le tocaba salvarme. Entendí el trato. Si pasaba algo, él y yo huíamos en el coche.

Avancé.

En un acto reflejo me fuí a la parte trasera de la pick up, la zona descubierta. Mi sitio desde que habíamos salido esa mañana.

Adentro. Adentro. Rápido. Clamó Pedro sin respirar.

Lo entendí, al instante. Y lo hice.

Entré en el coche.

Cerré la puerta.

Joder.

Pedro también entró y cerró la puerta.

Joder.

Puso la llave en el contacto.

Joder.

Encendió el motor.

Yo miraba agachada desde el asiento trasero.

Uno a uno, iban llegando al coche.

Otra vida salvada.

Oriol y Él seguían encañonados.

Tranquila, repetía Pedro.

Se había convertido en mi guardián. Mi Salvador. Pero yo... yo sufría por mi amigo, y por Él. Quizá los mataban y yo no podría hacer nada. Solo huir.

*Silencio.*

Llegó el momento. Por fin. Les dejaron marchar.

¿Estamos todos?

Sí.

Arrancamos.

Cuando parecía que la pesadilla había terminado, las ruedas delanteras del coche quedaron bloqueadas por una montaña de barro que Pedro no pudo esquivar. Todos saltaron del coche. Yo también iba a hacerlo. Abrí la puerta. Y otra vez les oí. No sé si a todos o solo a uno.

Adentro. No te muevas.

Cierra la puerta, dijo Pedro desde el volante.

Cerré la puerta.

A patadas, empezaron a derribar árboles, árboles de tronco fino, pero árboles en definitiva. Los observaba desde el coche, parecían superhéroes.

¡Están ahí!, gritó Mau... el ex-guerrillero.

Agáchate, me ordenó Pedro.

Me incrusté en el asiento.

Levanté la vista hacia fuera. Todos inmóviles. Mirando hacia atrás. Hacia los otros.

Fui girando la cabeza, muy despacio. Hasta que los vi. Apuntándonos, con más mala leche que nunca. Sus posturas eran, por primera vez, las de quién va a disparar sí o sí.

Agáchate, ordenó Pedro, de nuevo.

Me empotré en el asiento.

Los nuestros iban amontonando troncos,  
con una rapidez insólita.

Gestos rápidos y precisos.

Volví a girar la cabeza.

Los otros seguían allí. Noté su violencia,  
más poderosa que nunca.

Agáchate, suplicó Pedro.

Construyeron una rampa en cuestión de  
segundos.

Vamos Pedro, acelera.

Levantaron el coche.

Era un coche grande, pesado. Imposible  
de levantar por cinco hombres en condiciones  
normales. Pero nadie dudó de que podrían  
hacerlo. Pusieron troncos debajo de las  
ruedas delanteras. Y un meneo, brusco, nos  
dejó en posición de salida, otra vez.

Volvieron a subir al coche. Esta vez, Oriol  
se sentó a mi lado. Y me abrazó.

Nos fuimos.

Miré hacia atrás un buen rato.

Los brazos de Oriol me abrazaban con  
fuerza.

Seguían apuntándonos. Implacables.

Les observé hasta que, a lo lejos, vi como  
deshacían sus posturas y se iban.

Se les veía pequeños.

*Silencio.*

¿Sabes lo que vamos a ligar cuando contemos esta historia?

Gilipollas. Oriol... ¡qué tío!

Me enfadé. Salí de entre sus brazos y le dije que me dejase en paz.

Miré por la ventana. Derramé todas mis lágrimas en esa ventana.

No oía a nada, ni a nadie.

Tardé mucho en volver a llorar, años.

Tardé mucho más en volver a llorar por esto.

Lloré por otras cosas. A veces el miedo que sentí volvía, abstracto. Y lloraba. Pero como si llorase por otra cosa.

No tardamos en llegar a las primeras casas.

Alguien había encontrado un billete en un bolsillo. Allí confirmé que sus cacheos no habían sido tan exhaustivos como los que me hicieron a mí. Pero me daba igual. Teníamos cuatro chavos y nos los íbamos a gastar.

Encontramos una tiendecilla, de bloques de hormigón vista y madera vieja. Paramos el coche. Les explicamos lo sucedido y nos dieron mucho más de lo que podíamos comprar con ese billete descuidado. No fue mucho. Pero suficiente. Coca-colas, cervezas, algunas papas y tabaco.

Me senté, en el porche, encendí un cigarrillo y bebí un sorbo de Coca-cola.

¡Sensación de vivir!, pensé. Y sonréi sin muchas ganas.

La mejor Coca-cola de mi vida.

El cigarrillo más sabroso.

Me recuerdo en silencio, ajena a las conversaciones de los demás. Bebiendo Coca-cola y fumando un cigarro tras otro.

*Silencio.*

No sé cómo llegamos al puesto de policía de la zona.

Una cabaña entre árboles.

Dos polis. Uno bueno y otro, quizá, más malo.

Venimos a denunciar un asalto.

¿Nombre de los asaltantes?

Disculpe señor agente, pero no nos hemos presentado.

Sin nombre no hay denuncia.

Dimos algunos apodos que pudimos oír cuando hablaban entre ellos. Los obvio. Como les he comentado al principio, los obvio por motivos de seguridad.

Muy bien, suficiente. Dijo el poli refiriéndose a los apodos. Me quedé atónita. Imagínense que van a una comisaría de policía y cuando les piden los nombres de las personas que quieren denunciar, ustedes responden: Micky Mouse y el Rubio. Y los polis van y asienten en señal de aprobación. Parece increíble, pero así fue.

Muy bien, suficiente. Dijo el poli. Vamos a redactar la denuncia.

Cogió un papel. Era una hoja cuadriculada de libreta DIN-4 arrancada del espiral. Vieja. Gastada. Con manchas de aceite y otras cosas escritas.

Apuntó los nombres. Y nosotros relatamos los hechos.

El poli escribía lo que le apetecía.

Veo la mesa, las sillas. Sus siluetas y sus posturas. Ese papel. Esa letra.

Acabó la declaración.

Venid conmigo, exigió, el poli bueno.

Le seguimos.

Se plantó delante de un barril y quitó la tapa.

Ustedes tienen carro, nosotros tenemos esto.

Empezó a sacar fusiles, metralletas y rifles.

¿Vamos a buscarlos?

Los podemos matar, dijo el otro poli, quizá, más malo.

Silencio.

Miradas.

No.

Ese, *no*, rompió el silencio. Continué... Si me los traen aquí, sí. Sí... los mato... los mato yo. No he dicho nada. ¿Por qué he dicho esto? Me quiero ir. A la ciudad. Ahora.

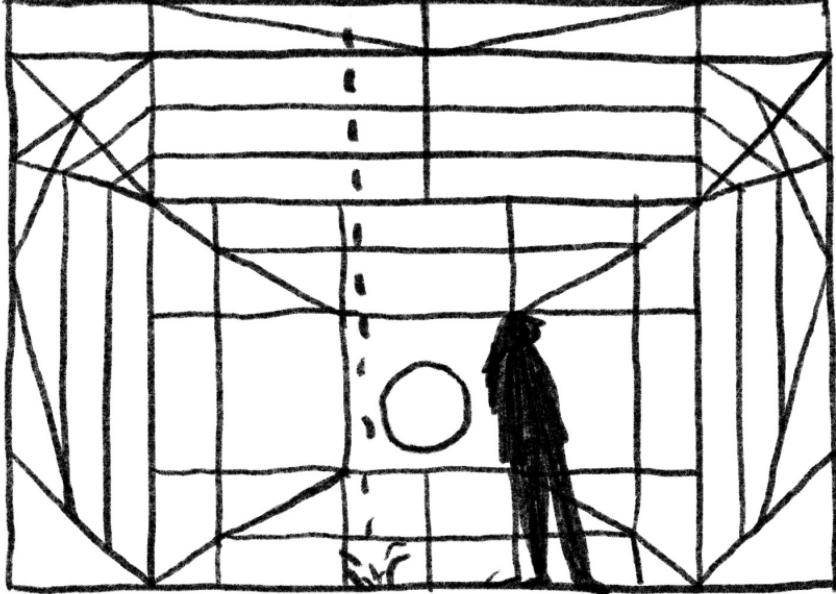
Todos nos miramos.

Silencio, lleno de dudas.  
Me quiero ir.  
Más silencio.  
Más dudas.

*Silencio.*

Me quiero ir.  
Y nos fuimos.

*Silencio. Y más silencio.*



Luz de noche, en el Trópico.

No fue difícil conseguir que nos dejasesen una cama en una casa grande. Con su alambrada, su portero y su correspondiente fusil. Ah... Y, por supuesto, con fiesta incluida. Necesitaba alcohol. Una ducha. Lo pedí. Y me lo dieron. También me prestaron un vestido. Negro. Y unas bragas.

(Me tomé media botella de ron sentada en el suelo, bajo el chorro de agua.)

La mejor ducha de mi vida. Me encanta recordarla. A veces incluso siento el olor del jabón que usé. Y a veces, cuando la recuerdo, cuando llego al final del recuerdo, me parece que tengo el pelo mojado, la piel fresca. Y, algunos días, cuando me miro, después de recordarlo, me parece que llevo puesta la ropa que me prestaron.

*Silencio.*

Los invitados no tardaron en llegar. Había mucha gente y, todos, sabían lo que nos había pasado. La gente me hablaba, pero yo no les oía.

Se me acercaron mujeres, ofreciéndose

para escuchar mi trauma. Yo daba las gracias. Les decía que estaba bien. Y me servía otra copa. Todas, sobre todo las lugareñas, daban por sentado que me habían violado.

No me han hecho nada, repetí, en más de una ocasión.

Y seguía bebiendo.

De verdad. Repetía. Nada.

Y bebía.

Solo me han tocado el culo. Tres veces.

Solo me han puesto una pistola en la sien.

Izquierda.

No me creían.

Decidí aislarme. Más. En la cocina.

Ahí estaba Él, botella de tequila en mano.

¿Quieres?

Vale.

¿Sabes cómo se toma esto aquí?

No.

¿Puedo?

Claro.

Me dió un beso húmedo en la mano y echó un poco de sal. Me estremecí. Cogió una rodaja de limón y me la puso entre los labios, con delicadeza. Lamió la sal, bebió un sorbo de tequila a morro y, sin rozarme, arrancó el limón de mis labios.

Ahora te toca a ti.

Nos bebimos la botella de tequila a pachas.

Pero no me emborraché.

*Silencio.*

Nos abrazamos muy fuerte, en la calle.  
Sentí su fuerza.  
Su cariño.

*Silencio.*

Esa noche será nuestra. Siempre.  
Habíamos ganado una batalla y lo celebramos juntos.  
¿Lo han oído? ¿Ese ruido? ¿No? Ha sido un tiro. Habrán matado a alguien. Ais, perdón, ya paro... Pero es que... nada. Sigo. ¿Qué decía? Ah sí... Él...  
Me desperté entre sus brazos, flotando. Todavía siento su olor. A bebé. Sí, ese hombre de manos grandes, quince años mayor que yo, olía a bebé. La luz entraba por la ventana. Nos miramos, en silencio. Mucho rato.

*Silencio.*

Estamos vivos, susurré con la voz entrecortada.

*Silencio.*

Mientras desayunábamos les pregunté, a Él y a su hermano, Álvaro, si tenían agujetas. Teníamos agujetas en todos los rincones del cuerpo, del alma, del cerebro, del corazón. En los párpados también.

*Silencio.*

La vida, como no puede ser de otro modo, continuó.

Oriol y yo, volvimos al campo.

Retomamos las rutinas. Recolectar plantas. Clasificarlas. Hacer que nuestro proyecto de herbario fuese una realidad. Destilar eucaliptus. Y citronela. Trabajar en el campo. Recolectar pipianes. Ir a la tiendecita a media tarde a tomar una cerveza. Cenar con la familia que nos acogía. Ducharnos, vestidos, en el pozo. Cagar. En esa letrina. Caca líquida. Mientras las moscas se cebaban con nuestro culo.

Tenía pesadillas. Una pesadilla recurrente. Me despertaba sudada. Y corría a la ventana para comprobar que no estaban allí. Soñaba que los ojos de esos cinco, de los otros, me miraban desde la ventana. Sus rostros cubiertos. Sus capuchas. Esa peluca

de payaso amarillo canario. Me miraban, apuntándome con sus fusiles y pistolas. Era horrible.

Intentaba volver a dormir. Pero no lo conseguía. Y a pesar del miedo, salía de la habitación. Sin linterna. Me iba al pozo. Y me adentraba un poco entre los matojos. Cogía una piedra y la lanzaba. No muy lejos.

Y entonces, una galaxia de luciérnagas aparecía ante mí. Siempre. No fallaba.

Duraba muy poco. Pero era precioso. Y en ese instante, al mirarlas, me sentía viva. Era lo único que me hacía sentir algo. Solo una vez, cada noche, cuando la pesadilla me despertaba, las iba a despertar a ellas. Y cuando se apagaban, miraba hacia el cielo y contemplaba las estrellas. Con nostalgia. Como si me tocara estar allí. En el firmamento. Muerta. Pero no lo estaba. Sentía una conexión muy fuerte. Con la tierra y con el cielo. Algo muy profundo para una niña de 21 años.

Cuando volvía a la cama, cerraba los ojos. A veces me acercaba a Oriol y me abrazaba a él, para dormir mejor. A veces, dormido, me acogía entre sus brazos. Otras veces no le abrazaba. Tan solo tocaba con un pie, o una mano, algún pedazo de su piel.

Más o menos aferrada al cuerpo de mi amigo, cerraba los ojos y evocaba una y otra vez ese instante en el que, después de lanzar la piedra, la galaxia de luciérnagas se prendía

para mí. Y así, conseguía dormirme. Entre luciérnagas, entre galaxias.

*Silencio.*

Una mañana vinieron a buscarnos. No recuerdo quién. Alguien vino desde la ciudad a por nosotros. Los ladrones se habían enterado de la denuncia y habían dado la voz que si nos encontraban, nos matarían. Teníamos que irnos. Recogimos lo poco que nos quedaba. Un par de mudas. El pasaporte. Y poco más.

Nos llevaron a la ciudad. Y nos dijeron que al día siguiente teníamos una reunión, los siete.

Los siete, entramos. Aquí.

Había una mesa, con sus correspondientes sillas.

Los siete, nos saludamos con euforia. Euforia silenciosa. No necesitábamos palabras. Estábamos ahí. Vivos. Para qué hablar de nada.

Esperamos.

Hasta que llegó un hombre. Que no sé quién era. Bueno, sé perfectamente quién era. Está todo escrito en mi diario. Pero ahora, yo tengo que obviar los detalles. Ya se lo he dicho en un par de ocasiones. Sí, todavía con más de dos décadas de por medio, debo obviar.

Obviar nombres, obviar cargos. Obviar...  
Tengo miedo, sí. Miedo a... ¡En fin!

Ese hombre. Con cierto poder. Nos dijo esto:

Os hemos reunido aquí porque después de lo ocurrido, esa pandilla de lagartos, con todo lo que os quitaron, han untado a la policía de la zona. Antes controlaban una franja así de territorio. El pedazo de territorio que nos mostró entre sus dedos no superaba la longitud de un mechero. Ahora su zona de impunidad policial es así. Y abrió los brazos para poder abarcarla. Como hay europeos víctimas del asalto, se han activado ciertos... ciertos mecanismos dipl... ciertos «órganos»... por llamarlo de algún modo. (*Ais...* no quiero meterme en un berenjenal). Pues eso, se han activado ciertos «órganos» y estamos trabajando conjuntamente.

Nos mirábamos. Parecía que iban a tomar cartas en el asunto. Quizá esos «órganos» trabajando conjuntamente, podrían... en fin.

Si nos dais vuestro consentimiento, cuando les pillemos en acción, les vamos a matar.

Lo entendí todo. Llevaba suficiente tiempo en este diminuto país como para entender que eso no era una marianada. Y sin más, hablé.

No puedo decidir esto. No puedo consentir algo así. Pero entiendo la situación. Así que cedo mi «voto» a los habitantes de este país.

Éramos cuatro europeos y tres lugareños.

Con mi sentencia, los sal... los que habían nacido aquí iban a decidir. Los demás europeos se acogieron a mi propuesta.

Los de aquí, los tres, nos miraron agradecidos. Sabían que esa decisión no era fácil. Matar a alguien, o dar el consentimiento para hacerlo, no entraba en nuestros planes. En nuestros planes de europeos cooperantes. Para los de aquí, matar a veces era necesario. Y si se encargaba otro, mejor.

Como ya sabíamos, los tres, dieron su consentimiento, para matarlos si los pillaban en acción.

La reunión acabó.

Y yo, este yo, se quedó aquí. Clavado, en esta silla.

Oriol y otro de mis *yoes*, no podían volver al campo. Les buscaban, a Oriol y a ese otro *yo*, para matarlos. Así que se marcharon a una isla, paradisiaca. En esa isla encontraron, Oriol y otro de mis *yoes*, algo de sosiego.

No sé, quizá sería mejor que... ¿y siigo con el relato, sin cambiar de *yo*...? ¿Sin... sin explicar qué yo habla y así avanzamos sin *sotracs*?

¡Mierda!

¿Cómo se dice *sotracs* en castellano?

Otras, yo, este yo pegado a la silla, no sé por qué no ha vuelto a hablar en catalán. Pero la mayoría de mis *yoes* sí que hablan catalán. Y como algunas cosas de las que hacemos un *yo* y otro nos penetra y nos afecta a todos los

yoes, a veces sin ninguna explicación alguna palabra me sale en catalán. No ocurre a menudo. De hecho hacía mucho que no me ocurría. No sé... *sotracs... sotracs... sotracs...* no me sale. Da igual...

Hacemos un pacto, ¿vale? Yo hablo en primera persona, del singular, aunque hable de mis otros yoes. Y ustedes no se olvidan de que yo somos muchas y de que cuando a partir de ahora, diga *yo*, me refiero a otro. A otro *yo*, porque mi *yo*, este *yo*, ya ha explicado su historia. La historia que se detuvo después de esa reunión, absurda, aquí, en esta silla.

Volvamos a la isla.

Bueno, es que tampoco hay mucho que explicar... una isla, una hamaca, cerveza fría, reposo... Se agradeció, la verdad. Y después el viaje siguió. Visitamos otros países. Conocimos a mucha gente. Dormimos con pulgas. Con ratones. Nuestra caca seguía siendo líquida. Y poco más...

Un día cogimos el avión de vuelta a casa.

En el aeropuerto de Menorca me planté delante de mis padres y no me reconocieron.

Había adelgazado muchos kilos. Estaba muy morena, más de lo habitual. Pero creo que no me reconocieron porque la mirada, el rostro, el alma, habían cambiado para siempre. Llevaba la estampa de la vida regalada marcada en cada poro de mi piel. La señal de quién está ahí, pero podría no estar.

Papá.

Mamá.

Dijeron mi nombre a la par. Y me abrazaron. Me besaron.

Ya en el coche, les dije que me había pasado algo.

¿El 24 de julio?

¿Cómo lo sabes?

Mi padre torció el volante y paró el coche en la cuneta. En seco.

Mamá, ¿cómo lo sabes?

No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. Repetía el escéptico de mi padre.

Yo no sabía qué pasaba.

Mi madre lloraba. Desconsolada.

¿Mamá?

¿Mamá? ¿Qué pasa?

No me contestaba, solo lloraba. Y me miraba fijamente.

Mi padre lo soltó: ese día estábamos comiendo tan tranquilos y tu madre, de repente, empezó a llorar. No está bien. Nuestra hija no está bien. No podía consolarla. No está bien. Nuestra hija no está bien. Repetía.

Joder, mamá.

No digas palabrotas, balbuceó mi madre mientras su llanto cedía.

¡Joder, mamá! Es que esto es muy fuerte.

Le pedí al abuelo que, estuviese donde estuviese, te protegiera.

Joder.

Esa boca...

Lo noté, mami. Joder...

De repente dejé de llorar, dijo ella.

Joder... Joder, mamá...

Supe que todo había acabado. No sabía qué, pero sabía que ya estabas bien. Que todo había acabado.

Les expliqué qué era «todo» y cómo había acabado. Se asustaron de lo que habría podido pasar.

Nunca podremos entender todo lo que sucede.

Pasé unos días en Menorca, en la casa que tenemos junto al mar. No sentía. No dormía bien. Mi hogar, mi lugar en el mundo, lo percibía distante.

Un día escupí en el suelo del comedor. Mi padre me riñó. No volví a escupir en el suelo del comedor. De repente comía arroz con las manos. De repente decía palabras que mis padres no entendían.

A ratos me daba la sensación de que había vuelto de la guerra.

Todo me parecía nada.

Y empecé a jugar con el destino.

Apostando fuerte.

La primera noche que salí, me drogué. Robamos unas *pastis* con una amigas. Sí, las tomamos prestadas, pero eso es otra historia. Y conduje el coche muy colocada. No lo había hecho antes (lo de robar éxtasis, tampoco). Pero lo hice. No pasó nada. Yo sabía que no iba a pasar nada.

No puede pasarme nada más. Ese era mi mantra. No podía pasarme nada más.

Sabía que la muerte tardaría en volver a tocar a mi puerta.

Volví a Barcelona. A la universidad.

Fui adentrándome en mis rutinas e intenté olvidar lo que había sucedido.

Ilusa.

Esas cosas no se olvidan.

*Silencio.*

Una tarde de otoño, sonó el teléfono.

Era Él.

¿Hola?

Hola.

Dijo mi nombre con dulzura.

Dije su nombre, con dulzura. Y le pregunté cómo estaba.

Los han matado. Fue su respuesta.

Mierda. Joder.

Sí.

Estuvimos en silencio un buen rato.

Respirando juntos.

¿Estás bien?

Bueno. ¿Y tú?

Bueno.

Hablamos pronto.

Vale.

Cuídate.

Tú también.  
Colgué. Colgamos.  
Silencio. Más silencio.  
Y todavía más.  
Ese silencio todavía existe.  
Veinte años después, no he conseguido  
llenar ese maldito silencio.  
Cinco muertos.  
Cinco víctimas.  
Cinco muertos a mis espaldas.  
Cinco.  
Cinco muertos, cinco asesinos, muertos.  
Cinco muertos que morirán conmigo.  
Cinco madres, de cinco muertos.  
Cinco.  
Solo cinco. Solo cinco, madres, de cinco  
muertos.  
Solo cinco.  
Solo cinco muertos, a mis espaldas.  
Y ese silencio.  
Ese silencio que perdura, que no se va.  
No se disuelve. Veinte años más tarde. Ese:  
«los han matado», sigue en mí. No se irá. Ya  
lo sé. Es el precio de ese «sí», indirecto, pero  
«sí». Ese consentimiento. Absurdo. Ese «sí»  
que me ha dejado clavada en esta silla.  
Esta silla.  
Ese silencio.

*Silencio.*

Ese silencio es disculpa. Es mi disculpa a ellos, a los otros. Y a las cinco madres.

Ese silencio es mi culpa. Y pesa.

No te va a pasar nada, me dijo el chaval, mientras me clavaba la pistola en la sien.

No me pasó nada. A mí, no. Tenía razón. No me iba a pasar nada.

*Silencio...*

¿Lo han oído? Ha caído un mango.

*Silencio.*

Otro.

*Silencio.*

Y otro.

Oooh... Están cayendo mangos. Muchos. Qué maravilla.

Quizá cada uno de nosotros va a poder recoger el suyo.

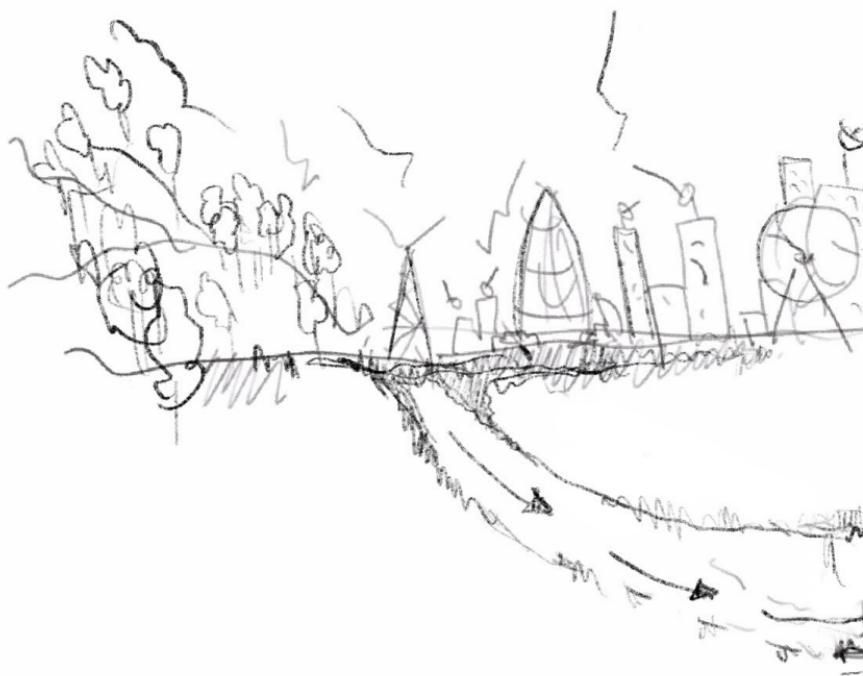
*El escenario se inunda de luciérnagas.*

*Silencio.*

*Se apagan todas, menos cinco.*

*Silencio.*









A galaxy of fireflies



## Aina Tur: galaxy of feelings

I always feel reassured to be reminded that, in spite of the visual image's imperialism, which oppresses and smothers us, there is a trend within contemporary theatre – and not a minor one – which insists on safeguarding, exploring and broadening the power of the dramatic word. A word that, without relinquishing the literary role that has always been assigned to the textual score of *great Western theatre* from its beginnings (from Aeschylus to Koltès, from Shakespeare to Valle-Inclán...), has also nourished itself from the vibrations and rhythms of the spoken word, and that jesters, narrators and storytellers, ever in the surrounding margins of theatricality, have inoculated it as an antidote against the often grandiose and sublime rhetoric of no few authors.

Together with many other intermixtures, the dramaturgical structure in works of our

own tradition in theatre has too unfolded in a fertile symbiosis with narrative genres, and not just due to the Aristotelian dictate according to which “plot is the first principle and soul of the tragedy” (not to talk about the *Anti-Aristotelian* Bertolt Brecht who, in his “Short Organum”, claims to agree with him), but because surveying said tradition should be enough to ascertain to what extent theatre has built its stories or fables out of myths, legends, wonders, historical chronicles, feats – real or fictive – passed on by tradition, more or less gruesome or unheard-of cases, happening in nearby or faraway places, and a long so on.

So, even though some strands of Western dramaturgy display a higher or lower weakening of the structuring function of plot; even though that, in the transition between the 19th to the 20th century, it is impossible to deny that *narrativity* is not always the skeleton of *dramatic action* (Materlinck, Chekhov, Strindberg, the avant-gardes, Beckett, Pinter, etc); even though, more recently, so-called postdramatic theatre has also vindicated other devices through which the characters (or the *actants*) fates may unfold in the text and/or the performance, it is undeniable that the narrative function of dramatic text shows no sign of abating.

Proof of it is that robust and diverse trend in contemporary dramatic writing which some have started to call *narraturgy*...

precisely because of its inextricable fusion and tension between narrative and dramaturgy, of which this luminous “galaxy of fireflies” offered to us by Aina Tur is a stunning example. It also contours another fruitful trend in theatre writing – and elsewhere – more recently named *autofiction*; its definition and genealogy may prove, and has been worth more than one essay, but suffice it to underline here that it represents a vehement irruption of the author’s narrative voice, the naked truth and in the first person, which is conveyed to the audience as an autobiographical account.

As we well know, autobiography is very often inscribed in narrative genres, in some essays and, obviously, in poetry; and without doubt it’s also inscribed – mostly, however, in a veiled way – in no few dramatic works. What is distinctive about so-called *autofiction* is the impudence (the word is not to be understood in a negative sense) demonstrated by the author, most notably – as in this case the female author – giving up in front of us the trappings of narcissism and displaying their own weaknesses, their physical miseries, their moral disturbance, their fear, their helplessness, in fact, in the face of a situation which brings down their ability to react.

But this *authorial courage* is not the only transfixing thing about Aina Tur’s play. The dramaturgy and scenic design are also brave:

a woman sitting before us, unable to move because of *that* fear, who speaks, speaks, and speaks to us, alternating the story of her terrifying Central American adventure with her long silences... which make us think, which commands us to think (among many other things, for instance: *what would I have done in her situation?*). And, from the perspective of the “theatrical spectacle”, there’s nothing else to it: a woman telling us a “story based on real events”, barely moving, with her “arse stuck to the chair” – literal words – and some – imaginary – mangoes which now and then fall off the tree – likewise –, she peels them with a knife – likewise – and thus she immerses herself in the smell, the taste and the sticky juice of her “tropical” adventure...

And even so, in spite of such spectacular sparseness, which often evoke – and we’re thankful for that – the minimalist device of the late plays by Beckett, the narrative discourse fascinates, almost mesmerises us, not just because of her skill in dosifying the vicissitudes of her terrible experience – the more than likely bloodshed *the thing* can end up leading to –, but because of the “galaxy of feelings” the author’s voice unravels in her remembrance: smells, tastes, colours, sounds, the tropical heat, the mosquito stings, her bare foot sinking or slipping in the mud, the cold feeling of a gun’s barrel against her

temple, the light... and many other of the body's voices, like when a woman, while being body-searched, gets repeatedly groped on the butt or, like the stiffness of a body when one is ordered not to move, while five guns are pointing at you.

But also the range of feelings the Central American tropic provides you with, in such way that words, from the still woman's voice, flutter about the scene as if weaving a tapestry that fear is not able to undo, or even better, like an impressionist painting – even a *pointillist* one – which serves as both background and figure of the story. A story that also intertwines time and space, and – as we slowly find out – the character's different *selves*, who even recounts an episode of *synchronicity* (“the coincidence in time and in space of two non-causally related episodes, but united in their meaning”; *vid.* Jung and Pauli, among others), where we briefly get a glimpse of the field of quantum physics...

Lastly – without revealing anything substantial about the adventure, the *fabula* narrated – the only thing I have left to emphasise is that Aina Tur's text faces us with an ethical dilemma which can't but disturb us. The “five dead” the author and protagonist still carries on her back “twenty years later”, along with their more than probable “five mothers”, will they continue

to flicker in our consciousness as readers and/or spectators, like the five persistent fireflies on the stage... even after the dark ending?

*José Sanchis Sinisterra*





*TO THE OTHERS*



Daylight. Morning in the tropic.

I've spent years sitting on this chair. Stuck.  
And I'm incapable of moving. At first... At  
first, I thought it might be some...

Did you hear that?

That sound?

No?

Another mango has fallen down.

They usually fall down every day.

Ripe. Delicious.

Plop.

That sound. Plop. As it lands on the  
ground. It calls me. But I can't reach for it.  
I've told you already. I can't lift my ass off  
this chair. The mangoes keep falling down,  
and I'm not able to eat them.

At first, when I got stuck, sitting here, on

hearing that plop, I'd try to get up with my full strength.

Every effort was in vain.

One day, more or less a decade ago, on a scorching day, I heard the impact. Sweet.

Plop.

And I didn't bat an eyelid.

I was really sweating and I didn't feel like wasting energy on something that was beyond my reach.

I guess I accepted my condition: sitting here, forever.

I closed my eyes.

And I took a breath.

Would you close your eyes too?

Yes?

No?

Well, I... this *self* sitting here suggests you close your eyes with me.

I'm getting up. Painlessly. I'm walking towards the front of the yard, where the trees are. The lemons look firm, voluptuous. They glisten. As if they had been coated with wax. The guavas are starting to bloom.

I spend my time taking walks. Looking at leaves, fruits and flowers.

The wind caresses me.

*Silence.*

Here it is. The mango.

It didn't burst open when it hit the ground. It must have dropped off the lower branches. I touch it. That thick skin. Almost impenetrable. So many days, so many years, so many *plop...* And now I have it in my hands.

I smell it.

I think about biting it. I do it. But I find it slightly disgusting.

I stop.

What then?

How should I eat it?

Tear away the skin with my teeth?

Desist?

Out of the blue, a knife appears on the floor.

(That's the beautiful thing about imagination, it gifts you everything you need)

I start to peel it.

My hands, full of juice. The sickly sweet smell soaking me up, down to my toenails. Tearing the skin unhurriedly at first. Then, in haste. The fibres between my teeth. The juice in my mouth, on my neck, on my cleavage. Hands sticky. The ecstasy.

I opened my eyes after a while. And I was still here, like this, just like you see me now. Sitting. Fuck... the way words help us. What would I do without words? Sometimes I think I'm just made of words. One day these, the next those. Some day, all of them at once.

Words...

I'm digressing. Sorry. That's not the story I want to tell you. I spend so many hours here, on my own, years sometimes, so when there's somebody I can talk to, I feel the urge to tell everything...

Okay, I'm going to focus.

You'd like to know while I'm sitting here, wouldn't you?

Well... I actually don't know why I'm asking that.

I'll get to the point.

This situation. Mine. Being here and not being able to leave, is just a consequence. This, my ass stuck to the chair, is the outcome of something which began on July 24th, 1998, in this tiny tropical country I won't be able to name.

Yes, this story is based on real events, and due to security reasons, I will have to leave some people's names out, as well as some of the locations where what happened, happened.

Anyway...

July 24th, 1998.

I got up from bed effortlessly. I find it difficult to get up early. Very much so. But on that day, I left the bed early, and was quite happy.

Maybe it's a bit of an overstatement to call that slim, small mattress dumped on the concrete floor a bed. But that was my bed, and for a long time. Shorter than planned, but longer than I could have guessed at some point.

My bed, my bedroom, were right next to the eucalyptus distiller. It smelled super good. Uncomfortable as it was, the room smelled super good. We'd get imbued with that scent on days we used the still. So nice.

I had been working for an NGO in a project to... *Ais*, I'm such a bore. I'm digressing again... Let's try to focus a little bit. I'm so delighted to have you here and then I get started... started with my verboseness, this urge to tell you everything. In detail. Excuse me.

You should visit me more often...

Where was I?

Oh yeah, the reason I set off so quickly, that's it!

I was thrilled. I hadn't been to the sea for a month and... Án.... hm... Shall we call Him... He... Thinking about Him gets me smiling every time. Because when we were introduced to each other, we instantly understood that some day... Sorry, back to the point: He asked me to go with Him to work.

He told me we'd go buy coconuts. Yes, coconuts. He was devising a flood prevention plan and I believe one of the actions revolved

around replanting the coconut tree region in order to... What for, I don't really know, in fact. But the thought of hauling those round, brown, little furry balls from place to place with our pickup truck seemed fantastic to me, especially since the morning would conclude with a visit to the beach.

I asked Him if Oriol, my friend, could come along. Oriol and I had been sharing a flat in Barcelona as well as that stay, project and adventures in this country. He agreed, even if just to have me by his side, so the both of us went, Oriol and I.

Oriol and I had just recovered from salmonella poisoning. And that damn diarrhoea. And vomiting. And the dizziness. The nightmare of shitting ourselves down in the middle of the street was gone too. Who was shitting himself was Oriol, poor him. What a story. An ice-cream wasn't easy to find in that rural region. But we managed to. A Twister. Two. So delicious. And in such a bad condition, damn.

The morning that followed we were barely human. We were out in the sticks, there was no public transport or a phone. The only option was to make our way out the nearest road, intercepting the first four-wheeled thing that came up and ask to be taken to the capital to be seen by a doctor.

We saw that a big red truck, empty, was drawing near, raising dust. We paid the

driver. He told us he was going into town and that he was in a hurry. We rode in the tonneau, the coverless area where cargo is loaded. Burnt to a cinder while swallowing tons of dust, we travelled down those roads for a couple of hours. Unpaved roads with no traffic signs or lane markings. So in the end, the fever and the stomach cramps were just afterthoughts.

We reached the office of the NGO. It was closed. It was lunchtime. There was no other way: we had to wait outside. Outdoors. Oriol, or rather whatever remained of him, those two metres of sinewy body lying on the pavement, with his head resting on my lap, gushing shit endlessly, unable to get up. I was able to stay on my feet and I went to the tree to poop. In broad daylight. We had no paper. But we would poop anyway. People passed by and walked away from us. We smelled of shit. We looked like junkies.

Fortunately, that nightmare was over. And I'm digressing again. *Ais.* In part, I'm telling you so you can understand... I don't know. I don't know what you are supposed to gather from that pooing story. It just happened. And we got over it. We were back in the country, distilling essential oils and classifying plants. And one day by the seaside was a good way to celebrate that everything was still going well.

He had told me that after we were done

with work we'd go to the Bay of Ji... oops, I almost let it out, a place name. So, anyway, we were going to the sea. And to eat. He also mentioned there was an island in the bay...

Can you get there by boat?

He laughed and looked at me. Like almost every time I said something to Him. No, we can't go there. There are pirates down there. Wow, that's cool! Pirates!

No, it's not cool. Those are actual pirates. They rob and kill.

Fuck!

The actual existence of pirates in real action shocked me more than the possibility of... never mind... I had been here for more than one month. I got used to hearing gunshots. To the sight of coffins. Being warned about certain places I shouldn't go to. Used to even understanding death and violence from a different perspective. That "fuck", then, didn't mean the same as my other "fucks". It was a different "fuck". An ethical and moral variation on earlier "fucks". A new "fuck" which was shaping up, without me realising quite yet... I don't know... what it meant.

We'll go to a safe place, rest assured. But no, we won't go sailing.

He... Ay... With his words, his smile... And that look which made my guts churn. I couldn't bring myself to accept it, but he made me feel good.

Pirates! I kept thinking as I got in the car.  
Will I see them, from a distance?

I would like so much to be a pirate!

Putting out to sea. On sail. Storming ships packed with cargo. Robbing them. Not killing anyone. (Just bruising them a bit). And sailing away towards that island of our dreams. Finding the treasure chest. We'd celebrate it. And after some rest, my crew and I, loaded with gold, we'd continue sailing the seas. Discovering uninhabited, remote... virginal paradises. Wonderful.

That's what I thought.

The morning looked promising.

And my imagination was taking flight.

It was seven of us, and we had a mission: transporting coconuts from one place to the next and outwitting the pirates off the shore.

What a plan! Perfect. The perfect plan. Everything was perfect.

They allowed me to ride in the back of the pick-up, standing. With Oriol and with... with... with Álvaro. Álvaro wasn't his name, but it suits him. Álvaro was, is, His brother. He had arrived the day before and he was just freaking out. The backdrop was really different from his home town of Madrid. He was right in the midst of a sensory jungle. Mud tracks. Potholes. Brakes slammed. People jaywalking. Countless peasant hats wagging among the bushes. Surrounded by cars. Surrounded by more peasant hats. Dark

faces. Eyes filled with gifted life. Souls who had dodged death.

*Silence.*

I remember the dampness of that morning.  
We succeeded in our goal: coconuts loaded,  
unloaded, and delivered.

Off to the Bay!

Once again on the back of the pick-up.  
Clutching the railing so we wouldn't fall. We  
couldn't stop crying out.

Heeeeey!

Ahhh!

Look at that!

That rocks!

Leaps. Squealing brakes. Wheels slipping on the mud, which made us jerk from side to side. We were happy, all three at the back: Álvaro, Oriol, and myself. I guess those who were inside the car must have been talking about work. And I guess, too, considering what was the best way to get there.

We were driving away from the settlements. From clumps of houses, their adobe walls, their old timber, their ceilings, sometimes built from coffin scraps. The details...

We hadn't seen a single person for a while. The mud seemed fresher, with no trace of other cars.

A proper adventure!

Sheer bliss!

What a sense of freedom!

Shouting. Happy. Discovering the world.

Then, all of a sudden...

Stop!!!!!!!

Get out of the car!!!!!!

Those voices sounded far away, although in fact the five hooded men, bandanas covering their faces, jumping and running towards us like savages, wielding their guns, were inching closer.

I wasn't thinking.

It's now I'm thinking.

There, I just did what I was told to do.

Get out of the car. Hands behind your neck. Take your shoes off.

They left mine on. I was the only woman.

Get moving!

We were at gunpoint and they were yelling at us. We kept following orders.

One of them took Pedro, the driver, whose name was not Pedro, with him. With the car.

The rest walked in line. The guys, barefoot, not me. With our hands behind our necks. And with four hooded men guiding us, in shouts, away from the road.

I was still not thinking.

I don't think anyone was thinking.

Well, those who had been born in this small country were surely thinking.

I can't remember what I was feeling, either. Nothing, I believe.

I have asked myself sometimes if I cried and, honestly enough, I don't think I did, at that point.

We delved deep into the forest.

Another question I often ask myself is: was I afraid?

I don't think so, not at that stage.

I wasn't thinking.

I wasn't feeling.

I was just following orders.

It's been more than twenty years, and I remember everything. It's like having a photograph tattooed into my brain.

I remember the light perfectly.

The colour of the mud.

The tree trunks.

The colours they wore. And the colours we wore.

I remember the place where we stood still.

There was a small esplanade. A very small one.

And they held us there, motionless. With our hands behind our necks.

We were searched, one after another.

I was searched three times. And each time they touched my butt.

The third time they required my shoes.

I had been taken away from my group. Slightly. And there was a gun pointing to my head.

When I crouched down to take my shoes off the gun replicated the movement of my body, downwards. Down to my feet. That's when I cried. I can remember that suppressed crying. Also the tremor of that hand which held the cold pistol.

Its barrel was touching my skin.

And I also remember my hands moving erratically. I was trembling. But I was trying to make the firmest, the most precise movements of my life.

The assailant had... I think he had... a moment of compassion when she saw the tears flooding my cheeks. And my neck. And my cleavage. And I wasn't even sobbing.

Don't worry, nothing will happen to you, he said to me.

What's going on is a whole lot already, man. I thought, while his shaky hand pressed his gun against my temple.

The crying receded.

I guess it did me good to think that...

Did you hear that?

That noise?

No?

Another mango has fallen down.

I'm going to close my eyes. I do it every time one falls off.

I invite you to do the same.

This time I'll go a bit quicker.

*Silence.*

Here it is.

I touch it.

That strong skin. Almost impenetrable.

I smell it.

A knife.

Juice. A sickly sweet smell. Ecstasy.

*Silence.*

Where were we?

Ah... that “nothing will happen to you”.

The crying receded.

We had just made a pact: unless something went awry, unless some bird passed and startled him, probably no bullet would come out of that gun for me that time. And that was a consolation. The only consolation I could cling to.

They took me back to my group.

What they did to me was also done to some others. I can't remember which ones. I don't keep images from that. I was recovering from the cold by my left temple. That trembling. That finger in the trigger that held my life captive.

I stopped belonging to myself.

My life between a finger and a trigger.

Such little leeway.

I considered for a long while the young assailant's trembling finger, he who had felt some compassion to me, and had paid me a few words of consolation.

I saw myself from above. As though I had been watching a movie of what had happened some minutes before. With the camel-coloured shorts I borrowed from Oriol and that black ribbed sleeveless t-shirt that I kept for years. Full of dust. And my hair, all messy. Small. Kneeling down. Taking my shoes off. With the gun rubbing my left temporal lobe.

I see those hooded guys. Taking us aside, one by one, fumbling in our pockets.

I see Him, and Álvaro, Oriol and the other two, whose names I can't remember today, but whose faces, bodies and eyes I do remember. Even their t-shirts.

*Silence.*

The searching was over.

We were standing in a row, all six of us, once again.

One next to the other.

With our hands behind of our necks.

The assailants were pointing at us from a distance. Two guns. Two assault rifles: an AK47 and an M16. Spoils from a war that

had never been settled. Rival weapons and a single purpose: to rob and maybe kill us.

We heard the sound of a car.

Maybe that was the end of the assault. Or of our lives. Any change. Any movement. Any noise. Could be an end.

And, yes, I was starting to think. I think we were all thinking. At that time, we were.

The noise felt increasingly close. And the mystery was unbearable.

I hope it's the police.

And what if I'm caught in the crossfire, what would I do then?

It better be not the police.

Pedro maybe?

I hope that's Pedro.

And what if the person in the car is the other assailant, without Pedro?

I hope that's not our car.

I don't want to see a dead person.

The car eventually arrived, with Pedro behind the wheel.

They took him out of the car and pushed him towards us. Another one, one of ours. Standing, next to us, with his hands behind his neck.

Maybe that would be the end of the assault.

Maybe it would be the end of our lives.

Why were we being retained if they already had all of our belongings?

Why were they back with Pedro and the car and we weren't allowed to go?

Turn around!, shouted one of them.  
And turning back, my whole life burst  
out in my head.  
Just like that.  
So it goes.  
I was bracing myself for the gunshot.  
Gunshots.  
But there was silence instead.

*Silence.*

Then they talked between them. I was shaking, really trembling inside. And I shed many tears. Silently. I was the only woman. I had been told too many stories about rape and murder. That's why when I heard them talk from a distance, I became frightened... I didn't know if they were talking about letting us go or who would be the first one to rape me. I only wished that, if I was raped, they'd let me go. That they wouldn't kill me. That I wouldn't be taken hostage. That I wouldn't be tortured for days. That it would be quick. That it wouldn't be too painful. I prayed. To God. Yes, I know he doesn't exist. But I did pray. I asked him this: a quick rape, not too painful, no blood, no torture, no kidnapping.

They all began to fear for me.  
One after another, they were whispering to me. Barely moving their lips.

Don't worry, nothing will happen to you.  
We're here.

We will protect you.

That frightened me even more. So afraid I began to focus on the mosquitos feasting on my legs. I relished every single bite. That subdued the reflex to get rid of them. I had been doing that without noticing. At that point, I realised. A swift movement to repel those mosquitoes could have been the end. My end.

Three guns and two assault rifles pointing at me. From behind.

My life lay between those fingers and those triggers.

I couldn't afford myself the slightest slip. I had to stay still. With my hands behind my neck. With my feet drowning in the mud. And those mosquitoes devouring me.

It took two years before the mosquito sting marks went away.

Two years, or longer. With those hours engraved on my skin. Every time I took a look at my legs, every time I applied sunscreen on my skin, every time I put clothes on or off: there they were.

They stopped talking between them.

We feared for the worst.

I started to think about my parents.

Like never before.

I apologised for having embarked on that blasted adventure with no way back.

I sent them my full forces so they could get over their daughter's death.

And I prayed to my grandfather.

He had died only a few months before. I dreamed about him. It was a recurring dream. He'd come by my bed, wake me tenderly and say: "I've come to hug you".

I asked him to help me. To hug me at that end. To come with me, please. And I felt at peace.

*Silence.*

Something happened. They were louder. Movement. Much. Too much.

*Silence.*

We heard footsteps and voices every time further away.

Once again, the situation was taking a turn. Once again the uncertainty on our minds. Any change entailed an additional dose of fear. One further step towards the unwanted.

One of ours whispered.

It's only three of them. I'm going to attack. Don't worry. This is nearly over.

Don't you move, motherfucker. My first words since we had stepped out of the car.

I was compelling enough to stop him from moving a single inch from where we stood. Also, at the same time, when I gave him a sidelong glance, I realised that wasn't keeping his hands behind of his neck.

Later on, when that was already over, I knew he had belonged to the elite forces of this tiny country's guerilla.

Later on, I was also to learn that he could have beaten them all. But a different fear got hold of me at the time.

Don't let this guy charge.

Please.

What should I do if he moves?

Run and hide behind a tree?

Run to the right? Or to the left instead?

Drop to the floor and crawl away?

Climb that tree, no matter how?

I had no answers. And since I saw that, for the time being, he wouldn't make a move, I tried to pay attention elsewhere. I went evasive. On the intentions of who wanted to save us. And the rifles and guns aimed at us.

I started making calculations to keep my mind off.

We had been picked up around 8 o'clock in the morning. Counting the loading and the unloading of the coconuts, one or two hours must have passed. We must have stayed there another couple of hours, although I wasn't

very sure. So I reckoned it must have been somewhere between 10 and 12 am. I added 7 hours to that. And I calculated that, at the moment, it must have been between 5 and 7 in the evening in Menorca.

I thought about what day it was, what day number. Since I had arrived I had kept a diary, that's why I didn't doubt: July 24. Fiestas of Es Castell. I thought. I bet my friends are partying until they drop, surrounded by horses and people drenched in sweat. They must be drinking pomada. At this time I bet they're bursting into tipsy laughter. They must be talking shit all over the place. And look at where I am instead.

They had paella today. Like every year. That delicious paella we order every year, somewhere. I just so want to eat paella, I thought. Two dishes. With lots of beer and lots of pomada as the dessert. That pomada Nati used to prepare with natural lemon and fresh mint, and a lot of Gin Xoriguer. I was craving litres of that.

Me, who had just been on a trip on my own for the first time. Who had flown across the ocean for the first time. Who, as my diary reads, wanted to feel free at the fullest. Broaden my points of view. See the world. Meet new people. Live differently. Me, who had given up on my true love so I could fulfil my reckless explorer's dreams. Me, who had decided, for the first time, not to stay in summer on my

island. Me, who was getting bored of doing the same thing all the time. At that moment, at 21 years old, I was longing for a monotonous life, around the usual folks, keeping myself busy with my customary routines. With the same old flavours, No more changes whatsoever, please. And I cursed myself for my ambition. I cursed myself for not conforming.

And that's how I managed to keep myself busy. With the odd scare here and there. As when something stirred. When a bird flew past. When one of ours moved a few millimetres. When, while I couldn't see them, I felt one of the others changed position.

Mosquitoes were keeping me busy too. They were feasting on my legs.

My feet were sinking deeper in the mud.

Rain started to pour, a little bit.

It was the wet season. Of heavy, abundant rain. But then it merely drizzled. And we were lucky for that.

Later on, we were told that the place we had been taken to was some kind of mass grave, filled with corpses. Dead people. Worthless. Murdered people. People who didn't even deserve a resting place.

When I was told that, I couldn't stop thanking whoever it was for the rain, the gentle rain. I dare not to imagine what would happen if, suddenly, propelled by one of those tropical downpours, from inside the mud, that mud that was gobbling my feet,

remains started to emerge. Human remains.  
Rotting corpses.

Are you able to imagine that?

I am. And I'm sure I would have screamed,  
I would have moved and caused an ugly mess.

Well, that's for sure.

We were left standing there for long, our  
situation unchanging.

I got used to fear.

To fear that everlasting moment.

Everything was like a single moment.

Until we heard voices coming in our  
direction.

Once again, the panicking.

Once again, the same doubts.

I hope it's the police.

I hope it's not the police.

I hope they move on and they leave us here.

I hope they don't kill me.

I hope they don't retain me.

I hope they don't rape me.

I hope that, when they rape me, they do  
it fast.

I hope they don't kill me.

I hope they don't kill Oriol.

I hope they don't kill Him.

I hope they don't kill Álvaro.

I hope they don't kill Pedro.

I hope they don't kill Mau... the... former  
guerilla fighter.

I hope they don't kill the... guy in the  
blue t-shirt.

I hope they follow this reversed order  
when they kill us.

I hope I'm capable of returning on my  
own, somewhere, if I'm the only one not  
getting killed.

*I-hopes* that crossed my mind in less than  
one second.

Turn away!

And in turning back, once again...  
everything I had lived, diluting, in an instant,  
before me.

This time, besides seeing my life go past,  
I also thought.

What a bunch of sadists!

They want to see our faces when they  
shoot us.

I hated them. For the first time, I think.

The world had come to a halt.

Each facing the others.

An emptiness.

Huge.

Two assault rifles. An AK47, Russian. An  
M16, North American. And three handguns  
I couldn't identify.

Five men... who weren't men. They were  
kids. Their bodies were not adult, you could  
tell. Five children, dressed in worn-out black  
clothes. Flea-black, as my mum would say.  
With bandanas covering their faces. With  
hoods and hats to conceal their hair. One  
of them was wearing a wig. Like a clown's.  
Canary yellow. I guess he didn't have a hat...

Them, the others. Five kids pointing at us, challenging us. In silence. Face to face. With our lives between their fingers and their triggers. I keep repeating that over and over, but the feeling was terrible. My life didn't belong to me, it wasn't mine. My life was in the space between those fingers and those triggers.

On the other side, us. Seven. Six with our hands behind our neck. One with arms resting by his upper body. Expectant, the seven of us. Fearless now. It was the end. We could only wish that they didn't hurt us too much, but I don't think that even crossed our minds.

In my brain, silence.  
Breathing emptiness.

*Silence.*

Get out! All of you, back on the car! One by one!  
To the car, somebody said, one of ours.

I can't remember who that was. I can't remember his voice. To the cry "get out" nobody had moved out. And one of us said my name. I reacted and started to walk. I walked next to the others. With my head bent down. Trying to be invisible.

You and you.  
Wait.

I stopped for a second, unsure if they were talking to me.

I looked on.

I saw they had been captured, Oriol and He.

They were still being held at gunpoint.

I feared for the worst.

*La chemi.*

What? I don't understand.

(Oriol didn't understand that.)

*La chemi*, one more time. He sounded more violent.

Your t-shirt, someone translated.

I sensed Pedro, the driver, behind me. He made me walk forward. It was his turn to save me. I understood the deal. If anything went wrong, the two of us would escape in the car.

I walked forward.

In a knee-jerk reaction, I went to the back of the pickup, the coverless part. My place since we had left in the morning.

Inside. Inside. Quick. Pedro shouted, breathlessly.

I understood immediately, so I did what he said.

I got into the car.

I closed the door.

Fuck

Pedro also came in and closed the door.

Fuck.

He placed the key into the ignition.

Fuck

He started the engine.

I kept watching from the back seat,  
squatting.

One after the other, they were getting in  
the car.

Another saved life.

Oriol and He were still being held at  
gunpoint.

Don't worry, Pedro said.

He had become my guardian. my Saviour.  
But I... I was suffering for my friend and for  
Him. Maybe they were getting killed and  
there was nothing I could do. Just flee.

*Silence.*

The time came, at last. They had been  
allowed to leave.

Are we all in the car?

Yes.

We crank up the engine.

When the nightmare seemed to be over,  
the front wheels of the car got blocked by  
a mudhill that Pedro couldn't circumvent.  
Without a word, without saying anything,  
they all leaped off the car. I was going to do  
the same. I opened the door. And I heard  
them again. I'm not sure if it was all of them,  
or just one.

Get inside. Don't move.

Close the door, Pedro said from the driver's seat.

I closed the door.

Kicking down the trees, they tore them down. Thin-trunked trees, but trees after all. I watched them from the car, they looked like superheroes.

There they are! Shouted Mau... the ex guerrilla fighter.

Duck down, Pedro ordered me.

I embedded myself into the seat.

I look up, outside. They were all still. Looking behind. Towards the others.

I began to turn my head, slowly, until I saw them. Pointing at us, more spiteful than ever. Their stance was, for the first time, that of someone who's going to shoot no matter what.

Duck down, Pedro ordered me again.

I embedded myself into the seat.

Our group started piling trunks, at extraordinary speed.

Fast and precise movements.

I turned my head again.

The others were still there. I could feel their violence, more powerful than ever.

Duck down, begged me Pedro.

They built a ramp in a matter of seconds.

Come on, Pedro, speed up.

They lifted up the car.

It was a big, heavy car, one that five men wouldn't be able to lift in normal conditions.

But nobody had any doubt they could do it. They put the tree trunks under the front wheels. And an abrupt jostle left us in the starting position, once again.

They got back in the car. This time, Oriol sat on the seat next to mine. And he hugged me.

We left.

I looked behind me for a long while.

Oriol's arms were embracing me, strongly. They were still pointing at us. Ruthlessly. Until, at a distance, I saw how they gave up their body stance and left.

They looked tiny.

*Silence.*

Do you realise how people will want to hit on us when we tell that story?

Asshole. Oriol... What a guy!

I got upset. I unwrapped myself off his arms and told him to leave me alone.

I looked outside the window. I shed all my tears by that window.

I couldn't hear anything or anybody.

It took me a long time to cry again. Years. It took me much longer to cry again about this. I did cry about other things. Sometimes I felt the fear coming back, abstract, and I did cry. But as if crying about something else.

We soon reached the first houses.

Somebody found a banknote in his pocket. It became clear then that they hadn't been searched as thoroughly as I had been. But I couldn't care less. We only had a few bucks and we were definitely going to spend them.

We found a small shop, made of exposed concrete and old timber. We stopped the car. We told them what happened to us and we were given much more than what that old, mangled banknote was worth. It wasn't much. Just enough. Coca-cola, beer, crisps, and cigarettes.

I sat on the veranda, lit a cigarette and took a gulp of Coca-cola.

Can't beat the feeling! I thought. And smiled listlessly.

The best Coca-cola I ever had.

The most delicious cigarette ever.

I recall being in silence, detached from their conversation. Drinking Coca-cola and chain-smoking.

*Silence.*

I don't know how we got to the local police station.

A hut among the trees.

Two cops. A good one and another one, maybe worse.

We came to report an armed assault.

Name of the assailants.

Excuse me officer, but we didn't introduce each other.

No name, no report.

We gave some nicknames we managed to eavesdrop while they were talking to each other. I will leave those out. As I mentioned early on, I'm leaving them out for security reasons.

OK, that's enough. Said the cop about the nicknames. I was speechless. Just imagine you walk into a police station and they'll require you to name the people you want to report, you answer Micky Mouse and the Blondie. And the cops then nod in approval. It sounds hard to believe, but that's what happened.

OK, that's enough. Said the cop. Let's file the report.

He took out a piece of paper. It was a square sheet from a DIN-4 notebook torn out of the wire binding. Old. Worn. Stained with oil and stuff written on it.

He wrote the names down. And we recounted the events.

The cop scribbled whatever he pleased.

I can see that desk, his chairs, their silhouettes, their postures. That paper. That handwriting.

We finished our statement.

Come with me, the good cop commanded.

We followed him.

He walked towards an oil barrel and opened the lid. You have a car, we've got this.

He began to show us assault rifles,  
machine guns and shotguns.

Shall we go and get them?

We could kill them, said the other cop,  
the, maybe, worst of the two.

Silence.

Stares.

No.

That *no* broke the silence... I went on... If  
you hand them over to me, yes. Yes... I will  
kill them. I'll kill them myself. I didn't say  
anything. Why did I just say that? I want to  
go away. Into town. Right now.

We all looked at each other.

Silence, filled with doubts.

I want to go.

More silence.

More doubts.

*Silence.*

I want to go.  
And we left.

*Silence. And more silence.*

Night light in the Tropic.

It wasn't difficult to get a bed from someone, in a big house. With a barbed wire fence, a gatekeeper and his machine gun to match. Oh... and, of course, a party was included.

I needed booze. A shower. I asked for it. And I got it from them. I also borrowed a dress. Black. And a pair of knickers.

(I drank half a bottle of rum, on the shower floor, under the stream of water.)

The best shower of my life. I love to reminisce about it. I can sometimes even smell the soap I used. And, sometimes, when I remember it, when I'm reaching the end of that memory, it feels like my hair is wet, like my skin is fresh. And, some days, when I look at myself after that recollection, I get the feel I'm wearing the dress I borrowed from them.

*Silence.*

The guests didn't take long. There were many people and everybody knew what we had been through. People were talking to me, but I couldn't hear them.

Some women came, volunteering to listen to me about my trauma. I thanked them all. I told

them I was alright. And poured myself another drink. All women, the locals in particular, took it for granted that I had been raped.

They didn't do anything to me, I repeated, more than once.

And I continued to drink.

Seriously. I'd repeat. Nothing.

Drinking.

They just touched my butt. Three times.

They just held a gun against my temple. The left one.

They didn't believe me.

I resolved to isolate myself. More. In the kitchen.

There He was, bottle of tequila in hand.

Want some?

OK.

Do you know how people drink it here?

No.

May I?

Sure.

He gave me a wet kiss on the hand and poured some salt on it. I quivered. He took a slice of lemon and he put it in my lips, gently. He licked the salt, took a gulp of tequila straight off the bottle and, without touching me, he snatched the lemon from my lips.

Your turn.

We drank the bottle between the two of us.

But I didn't get drunk.

*Silence.*

We locked each other in a tight embrace, on  
the street.

I felt his strength.  
His tenderness.

*Silence*

This night will belong to us. Forever.

We had just won a battle and we were  
celebrating together.

Did you hear that? That noise? No? That  
was a gunshot. Someone must have been  
killed. *Ais*, sorry, I'll stop. But... nothing.  
Let's move on. But where were we? Oh yeah...  
He...

I woke in his arms, floating. I can still  
feel his smell. Baby-like. Yes, that big-handed  
man, fifteen years my senior, he smelled  
like a baby. The light was pouring from the  
window. We looked at each other, in silence.  
For a long while.

*Silence.*

We're alive, I whispered in a broken voice.

*Silence.*

At breakfast, I asked Him and his brother, Álvaro, if they were feeling sore. We were sore in every corner of our bodies, our souls, our brains. Our eyelids too.

*Silence.*

Life, as it couldn't be otherwise, kept going on.

Oriol and I went back to the countryside.

We went back to our routine. Collecting plants. Classifying them. Making our herbarium project come true. Distilling eucalyptus. And lemongrass. Working in the country. Picking pipians. Going out to the small shop in the afternoon for a beer. Having dinner with our host family. Showering in the well. With our clothes on. Taking shit. In that outhouse. Liquid poo. While the flies ravaged our butts.

I was having nightmares. A nightmare, a recurring one. I'd wake up drenched in sweat. And I'd run towards the window to check they weren't there. I dreamed that the eyes of those five guys, the others, were staring from outside the window. With their faces covered.

Their hoods. That canary yellow clown wig. They were staring at me, pointing at me with their machine guns and pistols. It was awful.

I tried to sleep again. But I wouldn't sleep. And despite the fear, I'd go out of the room. I'd go to the well. And I'd walk a little bit into the bushes. I'd grab a stone and throw it. Not too far.

And then, a galaxy of fireflies would appear before me. Always. Without fail.

It wouldn't last long. But it was beautiful. And that moment, looking at them, I felt alive. It was the only thing that made me feel anything at all. Just once, every night, waking up after a nightmare, I'd go and wake them. And when they'd fade out, I'd look up to the sky and watch the stars. Longingly. As if I was meant to be there. In the firmament. Dead. But I wasn't. I felt a very strong connection. With the soil and the sky. Something very profound to a 21-year-old child.

When I went back to bed, I would shut my eyes. Sometimes I would get closer to Oriol and cuddled him so I could sleep better. Sometimes, sound asleep, he welcomed me in his arms. Some other times I didn't cuddle him. I just touched him with a foot or a hand, some patch of his skin.

More or less clutching onto him, I'd close my eyes and conjure up over and over that moment when, after throwing that stone, the galaxy of fireflies ignited for me. And

that way I was able to sleep. Among fireflies, among galaxies.

*Silence.*

One morning they came looking for us. I can't remember who that was. Somebody came for us from the town. The robbers had heard about our police report and they spread the voice that if they found us, they would kill us. We had to go. We packed up the little we had left. A few clothes. The passport. And little else.

We were taken back to town. And we were told that we would have a meeting, the seven of us.

Us seven, we got in. Here.

There was a table with its chairs.

The seven of us exchanged greetings euphorically. A silent euphoria. We didn't need words. We were there. Alive. Why talk about nothing.

We waited.

Until a man came in. I didn't know who he was. Well, I do know perfectly who he was. It's all written in my diary. But now, I need to leave out the details. I've told you a few times. Yes, still two decades after that, I must leave that out. Leave out names, leave

out job positions. Leave out... I'm afraid, yes, afraid of... Anyways!

That man. Who had some power. He said this to us:

We made you all come here because, after the assault, the robbers, with everything they stole from you, bought off the police in the region. Before, their turf used to be this size. The strip of territory he depicted between his fingers was the length of a lighter. Now, their police impunity zone is this big. And he stretched out his arms to show us its extent. Since there are Europeans among the victims, some... some dipl... some mechanisms... have been activated. (*Ais...* I don't want to get into a mess here.) Some "organs", for lack of a better word. So, yes, certain "organs" have been activated, and we're working in conjunction with them.

We looked at each other. It seemed like they were taking action. Maybe those "organs", working in conjunction with them, could... anyway.

If you give us your consent, as soon as we catch them red-handed, we will kill them.

I understood everything. I had been long enough in this tiny country to be able to understand that wasn't as insane as it sounded. And I just talked.

I can't decide this. I can't agree to something like this. But I understand the situation. So I'm donating my "vote" to this country's citizens.

We were four Europeans and three locals. With my ruling, the Sal... those born here were going to decide. The other Europeans adhered to my proposal.

The remaining three, the ones from here, gave us looks of gratitude. They knew it wasn't an easy choice. Killing somebody, or giving somebody else your consent to do it wasn't part of our plans. In our European aid workers' plans. To them, born here, killing sometimes was a necessary thing. And if somebody else could handle it, all the better.

And, as we knew, all three of them agreed to have those guys killed if caught in action.

The meeting finished.

And I, this *self*, stayed here. Nailed into this chair.

Oriol and another of my *selves* couldn't go back to the country. They were after us, Oriol and one of my *selves*, to kill them. So they left for an island, a paradise. On that island, Oriol and another of my *selves*, found some solace.

I'm not sure, maybe it'd be better if... what if I keep telling this story, without changing *selves*? Without... without explaining which *self* is the one speaking and this way we can progress with no *sotracs*?

Shit! What do you call *sotracs*?

Wow, me, this *self* stuck to the chair. I'm not sure why it hasn't spoken Catalan again. Because most of my *selves* happen to speak

Catalan. And like some of the things one *self* and another *self* do permeate and affect all those *selves*, sometimes, inexplicably, some words come out in Catalan. I don't know... *sotracs*... *sotracs*... *sotracs*. I can't think of the right word. Anyway...

Let's make a pact, ok? I speak in the first person, singular, even speaking about other selves. And you won't forget I am many selves and, from now on, when I say "I" I'm referring to a different *self*. Because I, this *self*, already told you her story. The story that came to an end after that meeting, absurd, here, in this chair.

Let's go back to the island.

Anyway, there isn't that much to tell. An island, a hammock, cold beer, some rest... It was much needed, actually. And then, the journey continued. We visited other countries. We met many people. We slept among the fleas. With mice. Our poo was still liquid. And not much else.

One day we took a flight back home.

At Menorca Airport I showed up in front of my parents and they didn't recognise me.

I had lost weight, I was very suntanned, more than usual. But I believe they didn't recognise me because my look, my face, my soul, had been changed forever. I wore the imprint of a gifted life, carved into every pore of my skin. The mark of someone who is there, but who might have not been.

Dad.

Mum.

They said my name at the same time. And they took me in their arms. They kissed me.

Once in the car, I told them something had happened.

July 24?

How do you know?

My dad jolted the steering wheel and stopped the car at the kerb.

Mum, how do you know?

I can't believe it. I can't believe it. I can't believe it. Repeated my dad, ever the sceptic.

I didn't know what was happening.

My mum was sobbing. Heartbroken.

Mum?

Mum? What's going on?

She wouldn't reply, she just cried. And stared at me

My dad dropped it: that day we were sitting at the table and your mum, suddenly, burst into tears. She said: she's not alright. Our daughter is not alright. I couldn't reassure her. She's not alright. Our daughter's not alright, she went on.

Fuck, mum.

Stop cursing, my mum stammered, as she stopped crying.

Fuck, mum, that's way too much!

I asked grandpa, wherever he was, to protect you.

Fuck.

That mouth...

I could feel it, mum. Fuck...

I suddenly stopped crying, she said.

Fuck... fuck... mum...

I knew that everything was over. I didn't know what, but I knew that you were alright. That everything was over.

I told them what that "everything" was and how it had ended. They were frightened about what could have happened.

We will never be able to understand everything.

I spent a few days in Menorca, at the house we have by the sea. I wasn't feeling. I couldn't sleep well. My home, my place in the world, I found it remote.

I once spat on the dining room floor. My dad told me off. I wouldn't spit on dining room floor again. I was suddenly eating rice with my hands. I was suddenly saying words my parents didn't understand.

Sometimes I had the feeling I had just returned from war.

Everything felt like nothing to me.

And I started gambling with fate.

Betting high.

On my first night out, I did drugs. I stole some pills with my friends. Yes, we borrowed them, but that's a different story. I drove my car while very high. I had never done that before (that or stealing ecstasy). But I did it. Nothing happened. I knew nothing was going to happen.

Nothing else can ever happen to me. That was my mantra. Nothing could ever happen to me.

I knew it would take death a while to knock on my door again.

I went back to Barcelona. To university.

I resumed my routine and tried to forget what happened.

So naive.

Such things are not forgotten.

*Silence.*

An autumn evening, my phone rang.

It was Him.

Hi?

Hi.

He called my name, sweetly.

I called his name, sweetly. And I asked Him how he was.

They've been killed. That was his answer.

Shit. Fuck.

Yes.

We were quiet for a while. Breathing together.

Are you alright?

So so. You?

So so.

Let's chat soon.

Ok.

Take care.

You too.

I hung up the phone. We hung up.

Silence. More silence.

Even more.

That silence still remains.

Twenty years later, I haven't managed to  
fill that dan silence.

Five dead.

Five victims.

Five dead on my shoulders.

Five.

Five dead, five murdererers, dead.

Five dead, who will die with me.

Five mothers of five dead.

Five.

Only five. Only five mothers of five dead.

Only five.

Only five dead, on my shoulders.

And that silence.

That lingering silence, which won't go away. It won't dissolve. Twenty years later. That "they've been killed" remains inside me. It won't go away. I know that much. It's the price of that "yes", indirect, but still "yes". That consent. Absurd. That "yes" which has left me nailed to this chair.

This chair.

This silence.

*Silence.*

This silence is an apology. To them, to the others. To the five mothers.

That silence is my blame. And it's heavy.

Nothing will happen to you, that kid said to me, as he hammered his gun against my temple.

Nothing happened to me. Not to me. He was right. Nothing was going to happen to me.

*Silence...*

Did you hear that? A mango has fallen down.

*Silence.*

Another one.

*Silence.*

And another one.

Oooh... Mangoes are falling down. Many.

What a wonderful thing.

Maybe each one of us will be able to pick their own.

*The stage becomes filled with fireflies.*

*Silence.*

*All but five fireflies fade out.*

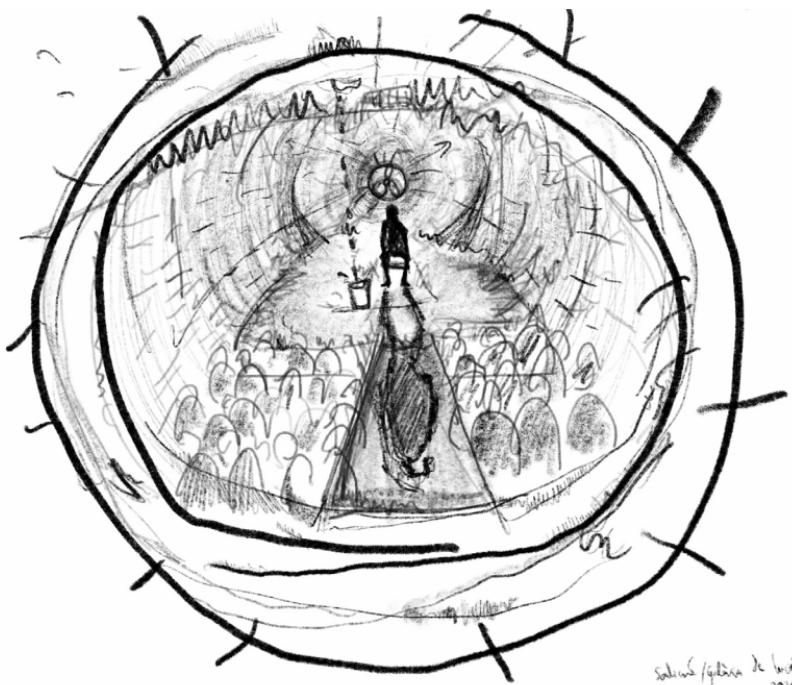
*Silence.*



ESTE LIBRO SE COMPUSO EN  
TIPOGRAFÍAS SABON Y AVENIR  
Y SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EN NOVIEMBRE DE 2020  
SIENDO EL N°  
DE UNA EDICIÓN DE  
300  
EJEMPLARES.







Sabine Göttsche De Wittenberg  
2020.

